

HOOVER Y URIBURU ANTE LA GRAN DEPRESION

1. *Un enfoque comparativo de dos experiencias nacionales.*

“Yo tengo una poderosa varita mágica: el método comparativo”, jactóse una vez el brillante historiador francés Marc Bloch. Antes que “andar a la caza de semejanzas” como corrientemente se hace, “el método comparativo, bien entendido, supone más bien la observación de diferencias”⁽¹⁾. Pero el presente estudio no pretende ostentar varitas mágicas, ni mucho menos ser original. Simplemente quiere poner de relieve ciertos aspectos de las experiencias nacionales argentina y norteamericana durante uno de los períodos más críticos de la historia moderna.

Como las plagas medioevales, el pánico de Wall Street que comenzó en octubre de 1929 al agravarse se tornó un mal económico mortal que se propagó inexorablemente de un país a otro. El valor total de las exportaciones mundiales dejó a la mitad entre 1929 y 1933⁽²⁾, en tanto que el índice del comercio mundial cayó verticalmente a un 35 por ciento de su nivel en el año anterior⁽³⁾. “Esta no es una rotura que pueda ser remendada para que podamos reanudar la marcha nuevamente”, advirtió Henry Ford; él mismo simboló viviente del dinámico crecimiento industrial norteamericano operado en las tres primeras décadas del siglo. “Es el fin de una era”⁽⁴⁾. Realmente lo era; aunque los líderes políticos en Estados Unidos y en la Argentina necesitaron distintos lapsos de tiempo para afrontar la desagradable verdad con decisión. Lo que hicieron —o dejaron de hacer— en tal sentido constituye el tema de esta breve investigación.

Aun reconociendo las lógicas limitaciones que impone cualquier rápido sobrevuelo histórico, es de esperar que lo que sigue induzca a otros a llevar a cabo estudios comparativos más detallados de la historia argentina y la norteamericana. La dimensión adicional proporcionada por este enfoque puede

(1) Citado por C. VANN WOODWARD, *The Comparability of American History*, en *A Comparative Approach to American History*, ed. C. Vann Woodward (Washington, D.C.: Servicio de Información del Gobierno de Estados Unidos, 1968), pág. 16. Véase su bibliografía sobre el método comparativo en general, *ibid.*, pág. 17.

(2) ALDO FERRER, *La economía argentina: Las etapas de su desarrollo y problemas actuales* (4ª ed., México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1969), pág. 157.

(3) LEOPOLDO PORTNOY, *Análisis crítico de la economía argentina* (México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1961), pág. 145.

(4) Citado por THOMAS C. COCHRAN, *The Great Depression and World War II: 1929-1945* (Glenview, Illinois: Scott, Foresman & Co., 1968), pág. 1.

llevarnos no sólo a una mejor comprensión mutua, sino también a una visión más profundas de nuestras respectivas historias. Aparte del período en cuestión —y particularmente de las presidencias de Agustín P. Justo y Franklin D. Roosevelt—, parecería haber un amplio campo de acción para estudios. Desde las primeras cabezas de playa europeas en el Nuevo Mundo hasta nuestra cada vez más compleja civilización industrializada y urbana, casi cualquier número de temas o períodos invitan a la comparación, y *al contraste*⁽⁵⁾.

II. *Dramatis personae.*

Herbert Clark Hoover (1929-33) cubre el escenario de inmensa confusión de esperanzas frustradas de la Gran Depresión como un campeón político del individualismo descarnado y de la teoría económica clásica sobre un mercado que se regula a sí mismo, en el cual los intereses privados están por naturaleza encaminados al bien público⁽⁶⁾. Después de derribar al ya endeble presidente octogenario de la Argentina, Hipólito Yrigoyen (1916-22 y 1928-30), por un golpe de estado que no careció de popularidad en su momento, el general José Félix Uriburu (1930-32) esperaba estructurar un nuevo orden partiendo de las ruinas del gobierno representativo. Su objetivo era el estado corporativo, tomando como modelos a los regímenes autoritarios de Mussolini y Primo de Rivera⁽⁷⁾.

Al no poder controlar el curso de los acontecimientos, tanto Hoover como Uriburu, en sus respectivas esferas, pronto tuvieron que alterar sus planes originales para tomar caminos contrarios a sus creencias personales. Hoover

(5) Entre los numerosos temas que pueden abordarse recordamos aquí los siguientes: la colonización, los gobiernos coloniales, la dicotomía litoral-interior, la lucha por la independencia, la esclavitud, los indios, la movilidad social, la frontera, la inmigración, la migración interna, el capital extranjero, los partidos políticos, la Corte Suprema, disputas fronterizas y guerras extranjeras, el movimiento laboral, la política exterior, la Constitución, problemas de neutralidad, la presidencia, la industrialización, la educación, el nacionalismo y otros "ismos" (socialismo, fascismo, comunismo) y, desde luego, las universidades y los movimientos estudiantiles.

(6) La frase "*rugged individualism*" (individualismo descarnado) que tan a menudo se asocia con Hoover y su ideario proviene del título de su libro *Rugged Individualism* (1928), en el cual vierte su ardiente adhesión al más abierto *laissez faire*. Durante la campaña electoral de 1928, refiriéndose al próspero período en el que actuó como secretario de Comercio de Harding y de Coolidge, Hoover exaltó las ventajas del individualismo y lo que le gustaba llamar "nuestro sistema norteamericano". Profetizó: "Si se nos da la oportunidad de proseguir con la política que hemos adoptado durante los últimos ocho años, y con la ayuda de Dios, vislumbraremos muy pronto el día en que la pobreza será desterrada de este país". Citado por FRANK FREIDEL, *Los Estados Unidos en el siglo veinte* (Editorial Novaro: México, 1964), I, pág. 525. Como la gran mayoría de los norteamericanos durante la década del 20, la mayor parte de los economistas creían en el funcionamiento automático de la libre empresa y consideraban que el gobierno federal poco podía hacer para afectar el curso de la evolución económica. Véase JOSEPH DORFMAN, *The Economic Mind in American Civilization: 1918-1933* (Viking: Nueva York, 1959), tomos IV y V; JAMES W. PROTHRO, *The Dollar Decade* (Universidad Estadual de Luisiana: Baton Rouge, 1954).

(7) Por ejemplo, véase MARYSA NAVARRO GERASSI, *Los Nacionalistas* (JORGE ÁLAVAREZ: Buenos Aires, 1969), capítulos IV (*El gobierno y el fracaso del general Uriburu*), VI (*Los Fascistas*) y X (*Cuatro intelectuales*), pássim y también ARTHUR P. WHITAKER, *Argentina* (Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall, 1965), pág. 87.

se encontró forzado en última instancia a partear el *welfare state* (estado de bienestar social), preparando el camino para un gobierno central omnipotente y omnipresente⁽⁸⁾. En cuanto a Uriburu, antes de terminar su primer año de gobierno se vio superado por la coalición de centro-derecha llamada "Concordancia", la cual, poniendo fin a sus sueños de una dictadura neofasista, lo obligó a celebrar elecciones presidenciales en noviembre de 1931 y a asegurar el triunfo de su archirival, el general Agustín P. Justo⁽⁹⁾.

III. Herbert Clark Hoover, 1929-33.

"No tengo temor alguno por nuestro país", declaró Herbert Hoover al asumir el mando presidencial el 14 de marzo de 1929. "Lo ilumina la confianza". Sin embargo, antes de que feneciera el año el pueblo norteamericano pasaba por su peor crisis desde los días más oscuros de la Guerra Civil. ¿Qué había ocurrido? Los historiadores y estudiosos en las ciencias sociales han investigado las causas de esta crisis con el celo que ponen de manifiesto los pesquisantes policiales que tratan de desentrañar un misterioso asesinato. Opiniones conservadoras han puesto énfasis en señalar los deprimentes efectos de la Primera Guerra Mundial en la estructura financiera además de las crecientes rigideces en el costo de los factores de la producción, particularmente la mano de obra⁽¹⁰⁾. Por su parte, historiadores de orientación liberal han llamado la atención sobre las debilidades de toda la estructura económica⁽¹¹⁾ como así el hecho de que los dirigentes empresarios y políticos no supieron aquilatar ni comprender el proceso económico que se desarrollaba⁽¹²⁾. Como

(8) En su discurso del 11 de agosto de 1932 por el que aceptaba la candidatura presidencial por el partido Republicano, Hoover formuló una declaración sin precedentes en la historia política norteamericana: "La función del gobierno federal en estos tiempos es usar sus facultades de reserva y su fuerza para la protección de los ciudadanos y de los gobiernos locales mediante el apoyo a nuestras instituciones contra fuerzas que no pueden controlar". Citado por CLINTON ROSSITER y JAMES LARE (eds.), *The Essential Lippmann* (Vintage: Nueva York, 1965), pág. 345. Como el mismo Lippmann observara unos quince años más tarde sobre ese histórico discurso de Hoover, "fue el comienzo de la era en que vivimos, y de la cual ninguno de nosotros verá el final". *Ibid.*

(9) H. S. FERNS, *Argentina* (Ernest Benn Limited: London, 1969), pág. 159 y 160.

(10) Citado por JHON M. BLUM *et al.*, *The End of an Era*, en *The National Experience* (Harcourt Brace & World: Nueva York, 1963), pág. 630.

(11) Veinte años después, el propio Hoover aún creía que "en un sentido amplio la causa esencial de la Gran Crisis fue la guerra del 14. Sin la guerra no habríamos tenido una crisis de tales dimensiones". Citado por THOMAS C. COCHRAN, *Estados Unidos en el siglo XX. El sistema económico* (Paidós: Buenos Aires, 1968), pág. 151-152. "En la actualidad hay una escuela económica —explica un historiador británico— que cree que este criterio estuvo mucho más cerca de la verdad que el de su sucesor [Roosevelt], que hacía hincapié en forma casi exclusiva en los factores internos". H. C. ALLEN, *Historia de los Estados Unidos de América* (Paidós: Buenos Aires, 1969), II, págs. 92-93. Por ejemplo: JOSEPH A. SCHUMPETER, *The Decade of the Twenties*, *AMERICAN ECONOMIC REVIEW* (mayo 1946) y *Business Cycles* (McGraw-Hill: Nueva York, 1939) 2 tomos.

(12) Véase: GEORGE H. SOULE, *Prosperity Decade: From War to Depression, 1917-1929* (Rinehart: Nueva York, 1947); JOHN K. GALBRAITH, *The Great Crash* (Houghton Mifflin: Boston, 1955); ARTHUR M. SCHLESINGER, Jr., *The Crisis of the Order, 1919-1933* (Houghton Mifflin: Boston, 1957).

en tantos otros casos, la verdad puede radicar en términos intermedios o en una síntesis de ambos argumentos.

Es evidente que hubo un número de causas básicas e interrelacionadas, originadas en los desequilibrios socioeconómicos a que forzosamente debía conducir la acelerada —pero improvisada— industrialización y urbanización que había comenzado a cobrar vuelo después de la Guerra Civil. Cualquier lista de los factores desencadenantes de la Gran Depresión tendría que incluir ineludiblemente la distribución de los ingresos, la sobreproducción, la excesiva expansión del crédito, los desajustes entre la producción agrícola y la demanda, y la inseguridad del comercio exterior⁽¹³⁾. Para mantener el ímpetu de su avance, la nación pasó a depender en grado peligroso del crédito fácil. La manía por la especulación accionaria que arrastró los precios de los papeles a alturas ridículas se financiaba en gran medida con las compras "sobre margen", a menudo con un adelanto efectivo de apenas un 10 por ciento⁽¹⁴⁾.

El colapso de la Bolsa de Valores de Nueva York en octubre de 1929 aparejó una parálisis progresiva del sistema crediticio del país⁽¹⁵⁾. Al que-

(13) Brevemente, las razones fueron las siguientes:

a) *La distribución de los ingresos.* Este fue probablemente el fenómeno más peligroso. El poder adquisitivo estaba limitado al hecho de que una gran proporción de la renta nacional iba a parar a manos de quienes demandaban capitales: propietarios o acreedores en pago de rentas, utilidades, dividendos, regalías e intereses. La desproporcionada participación de tales acreedores en los capitales disponibles inducía a una mayor expansión, contribuyendo a una sobreproducción y a la especulación excesiva. Si bien los salarios aumentaron en la década del 20, la proporción de la renta nacional que absorbían los asalariados en realidad había disminuido. "Y como la participación del diez por ciento de los más acaudalados del país había aumentado de un 33,9 por ciento en 1910 a un 39 por ciento en 1929 —explica con perspicacia un observador foráneo del panorama norteamericano—, la participación del resto habíase reducido del 26,8 por ciento. Ni siquiera los impuestos alteraron esa pauta". RONALD SEGAL, *The Americans: A Conflict of Creed and Reality* (Viking: Nueva York, 1969), pág. 135.

b) *La sobreproducción.* La capacidad productiva de la Nación sobrepasaba en mucho a su poder adquisitivo. Aunque Norteamérica consumía físicamente más productos en la década del 20, el crecimiento de la población no alcanzaba por entonces a absorber la producción adicional.

c) *La excesiva expansión del crédito.* Hacia 1929, las transacciones crediticias habían elevado el endeudamiento del pueblo norteamericano a unos 100.000-150.000 millones de dólares. Los corredores de Bolsa debían a los bancos por préstamos recibidos 8,5 mil millones en 1929, contra 3,5 mil millones en 1927.

d) *El desequilibrio agrícola.* La agricultura estadounidense nunca se recobró de la depresión de posguerra de 1920-22. Eso limitó el poder adquisitivo de un gran segmento de la población.

e) *La inseguridad del comercio exterior.* Aunque la Primera Guerra Mundial transformó a EE.UU. de país deudor en país acreedor, no se adaptó a una política compatible con la nueva situación. El nacionalismo de posguerra (más el aislacionismo en el caso norteamericano) estimuló la imposición de aranceles aduaneros y otras barreras al comercio internacional, tanto por Estados Unidos como por otras potencias.

(14) "La base tradicional para juzgar el valor de las acciones era 'ganancias diez veces mayores'. En 1929 algunas acciones se vendían a un precio cincuenta veces superior a su valor o más". El mercado, como observó un perito, "no sólo anticipaba el futuro, sino el más allá". HAROLD U. FAULKNER, *American Economic History*, 7ª edición (Harper & Brothers: Nueva York, 1954), pág. 644.

(15) Los bancos que habían invertido buena parte de sus fondos en acciones de sociedades anónimas o en préstamos garantizados por acciones (sobre los cuales cargaban hasta el 20 por ciento de interés en 1929) quedaron casi totalmente descapitalizados. "Cuando sobrevinieron las tribulaciones, la deleznable estructura de muchas empresas, especialmente las de servicios públicos, sufrió un colapso —comenta un historiador—. El sistema bancario norteamericano no pudo afrontar el impacto, porque los banqueros, si bien conocían las posibles consecuencias de las relajadas prácticas financieras a que

dar desprovista del crédito fácil la economía entera comenzó a mostrar fisuras graves, fallas que la mayoría de los norteamericanos no habrían reconocido, ya fuera por ceguera o por ingenuidad. El subconsumo provocó el cierre de fábricas y empeoró la crónica depresión en la agricultura heredada de principios de la década del 20⁽¹⁶⁾. El edificio de la producción y del pleno empleo, sostenido artificialmente, se derrumbó en forma estrepitosa⁽¹⁷⁾. Las quiebras bancarias y las ingentes pérdidas en títulos y acciones borraron los ahoros privados de millones de familias norteamericanas⁽¹⁸⁾. Tambaleó la confianza en la eficiencia —y en el patrón de valores— del sistema capitalista. Los intelectuales comenzaron a flirtear con las doctrinas autocráticas. Muchos abrazaron el comunismo, impresionados por su acentuación de la planificación económica y la movilización total del Estado para sus pretendidos objetivos sociales⁽¹⁹⁾.

Cerniase el fantasma del hambre sobre millares de seres humanos en la primavera de 1932⁽²⁰⁾ y los desocupados sobrepasaban los 13 millones.

se dedicaban, no habían querido disciplinarse sujetándose a las normas debidas". BLUM, *loc. cit.*, pág. 632.

(16) Entre 1929 y 1932, el precio del algodón por libra (0,454 kg) cayó de u\$s. 0,167 a u\$s. 0,065; el maíz de u\$s. 0,79 a u\$s. 0,31 por bushel (35 litros) y el trigo de u\$s. 1,03 a u\$s. 0,38 por bushel. "Un ranchero vendió siete corderos en el mercado de Denver —señala Freidel— y, después de pagar las comisiones y los derechos correspondientes, recibió un cheque por 75 centavos". *Op. cit.*, pág. 562.

(17) Las estadísticas indican que "el volumen de negocios en dólares descendió del 16 % sobre lo normal en julio de 1929 al 49 % bajo lo normal en julio de 1932". COCHRAN, *op. cit.*, pág. 151. El producto bruto nacional (en precios corrientes) declinó en 104.000 millones de dólares a 56.000 entre 1929 y 1933. Tomando la producción de 1957 como igual a 100, la producción de bienes durables cayó de casi 40 en 1929 a sólo 9 en 1932. Según la mayoría de las estimaciones el número de desocupados alcanzaba a la cuarta parte de la fuerza laboral total. Pero debe observarse que "la gran cantidad de empleos de jornada incompleta y la subutilización de los obreros especializados significan que la proporción real de desocupados debió de haber sido de cerca de un tercio de la fuerza laboral". ROSS M. ROBERTSON, *Historia de la Economía Norteamericana*, 2ª ed. (Bibliográfica Omeba: Buenos Aires, 1967), II, págs. 419-20.

(18) Más de mil bancos fueron a la bancarrota en 1930 y 1932, más de 2.000 en 1931 y 4.004 en los primeros meses de 1933. Es de notar, con respecto a la importancia de las reformas del "New Deal" en la estructura bancaria y crediticia nacional, que hubo solamente 32 quiebras de bancos en 1935 y únicamente una en 1945. COCHRAN, *Great Depression*, pág. 25. Los "trusts" inversionistas padecieron aún más la depresión. Por ejemplo, la United Foundries, que se cotizaba en 70 dólares en 1929, bajó a 50 centavos en 1932. H. C. ALLEN, *op. cit.*, II, pág. 89.

(19) La mayoría de los norteamericanos parecen haber llegado a la conclusión de que el socialismo democrático es preferible al comunismo totalitario. En la elección presidencial de 1932, William Z. Foster, que encabezaba la lista de candidatos del partido comunista, recibió sólo 103.000 votos, contra 882.000 de Norman Thomas, el perenne candidato socialista. FREIDEL, *op. cit.*, pág. 570-71. No pocos intelectuales se mostraron recelosos por el desprecio comunista de los derechos individuales, una distinción entre comunismo y socialismo democrático que hizo WALTER LIPPMANN en su alegato anti-totalitario *The Method of Freedom* (Macmillan; Nueva York, 1934), escrito durante las profundidades de la Gran Depresión.

(20) Solamente cuatro hospitales de la ciudad de Nueva York informaron 95 muertes por hambre en 1931. WILLIAM MILLER, *A New History of the United States*, edición revisada (Dell: Nueva York, 1962), pág. 410. "No hay recipiente de basura en Chicago que no sea escarbado ávidamente por individuos hambrientos —informaba Edmund Wilson en la revista *New Republic* durante el duro invierno de 1932—. El último verano, bajo un clima tórrido, con olores que enfermaban y con miríadas de moscas que revoloteaban, cada una de esas latas era visitada por un centenar de personas". Citado por FRANK FREIDEL, *op. cit.*, pág. 560.

De éstos, sólo la cuarta parte recibía alguna clase de ayuda pública, debido al agotamiento de los fondos estatales y locales destinados a asistencia pública⁽²¹⁾. Los agricultores quemaban maíz para combatir el frío porque no podían darse el lujo de utilizar los combustibles comunes. En algunos estados recurrieron a la violencia tratando vanamente de elevar los precios mediante el bloqueo de los envíos de los productos de consumo a los mercados⁽²²⁾. En Chicago llegó a haber 700.000 desocupados, casi el 40 por ciento de la fuerza laboral de toda la ciudad⁽²³⁾. Los antagonismos de clase llegaron a un extremo que no se había experimentado desde los amargos días de la depresión de 1893-97⁽²⁴⁾. Dos dirigentes sindicales predijeron "desórdenes" si no se hacía algo y advirtieron al presidente Hoover que había "una creciente demanda" para que todo el mecanismo comercial y la estructura social fuesen cambiados, en virtud de "la disconformidad general con el presente sistema"⁽²⁵⁾.

Si, como se verá luego, los críticos del general Uriburu argumentaban que quería ir demasiado lejos con demasiado apuro, los detractores de Hoover acusaban a éste de hacer demasiado poco con demasiada lentitud para salvar a su país. Los antecedentes cuáqueros de Hoover quizás expliquen su tenaz idealismo y su fe a toda prueba en la cooperación voluntaria basada en los

(21) FRANK FREIDEL, *The New Deal in Historical Perspective*, Centro de Servicio para Profesores de Historia, publicación N° 25 (ASOCIACIÓN HISTÓRICA NORTEAMERICANA: Washington, 1959), pág. 2. En Akron (Ohio), un organismo de socorro privado que había tenido que atender menos de 300 casos en todo el año 1929, se hundió bajo una avalancha de 5.000 casos por mes dos años más tarde. WILLIAM MILLER, *op. cit.*

(22) El maíz proveniente de la cosecha del año anterior se vendía a sólo 1,40 dólar por tonelada en el invierno de 1932. Como el carbón costaba el triple, resultaba más barato quemar maíz para la calefacción. FREIDEL, *New Deal, loc. cit.*, Los tamboros de la zona de Sioux City (Iowa) no comprendían por qué recibían sólo dos centavos por cuarto de galón (alrededor de un litro) por su leche en tanto que al público el producto se vendía a un precio cuatro veces mayor. El descontento llevó a esos y a otros granjeros de Iowa a apoyar la agresiva pero inútil Farmer's Holiday Association. RICHARD N. CURENT, T. HARRY WILLIAMS y FRANK FREIDEL, *American History: A survey* (Knopf: Nueva York, 1965), pág. 720.

(23) JOHN A. GARRATY, *The American Nation: A History of the United States* (Harper: Nueva York, 1966), pág. 726. "En los centros industriales era imponente la proporción de obreros desocupados. Así, por ejemplo, un censo domiciliario [...] reveló que [...] el 50 por ciento [de los desocupados] trabajaba a dos turnos" simplemente para sobrevivir, observa FREDERICK L. ALLEN, *El Gran Cambio* (Kraft: Buenos Aires, 1967), pág. 199.

(24) La crisis económica 1893-97 había sido hasta entonces la más severa de toda la historia de Estados Unidos. Sobre la prodigalidad y la extravagancia de los muy ricos aquella época, como el infame baile de máscara del matrimonio Bradley Martin, véase: MATTHEW JOSEPHSON, *The Robber Barons: The Great American Capitalists, 1861-1901* (Harcourt, Brace & World: Nueva York, 1934) y STEWART H. HOOLBROOK, *The Age of Moguls* (Doubleday: Nueva York, 1953). De valor limitado en cuanto al análisis económico pero notable por el modo como refleja el pensamiento y la vida del pueblo norteamericano durante la década del 30 es *The Age of the Great Depression*, DIXON WEXTER (Macmillan: Nueva York, 1948), que abarca el período 1929-41.

(25) Citado por GARRATY, *op. cit.*, pág. 729. En tanto que la renta nacional bajó de 85.000 millones de dólares en 1929 a alrededor de 37.000 millones en 1932, Ronald Segal llama la atención hacia el hecho de que "los pagos por intereses y dividendos, las principales rentas de los ricos, alcanzaron una nueva cifra máxima de 8.000 millones de dólares en 1931, y durante toda la depresión nunca bajaron del nivel de 1928". En otras palabras, "la depresión ahogó a pocos ricos, a casi todos los pobres y a muchos de la clase media". *Op. cit.*, pág. 138-39.

hechos y en la razón. Sus intenciones eran inobjetables y su política al final comenzó a orientarse acertadamente. Pero su renuncia a utilizar aunque sólo fuera ligeramente los vastos poderes del gobierno federal potencial cuya fuerza había quedado demostrada ampliamente con la movilización de los recursos del país durante la Primera Guerra Mundial (lección que oportunamente sería aprovechada por Franklin D. Roosevelt), enervaba sus bien intencionados programas.

Huérfano a edad temprana, Hoover era un "self-made man" que había escalado posiciones con su propio trabajo y su considerable talento como ingeniero de minas y administrador público. Le desagradaba el paternalismo en todo, pero en el gobierno más que en nada. A su entender, la ayuda o la compulsión gubernamental sólo podía servir para minar el carácter del pueblo norteamericano y amenazar sus libertades históricas.

En tiempos más normales, Herbert Hoover con toda probabilidad hubiera sido un buen presidente, ciertamente mucho mejor que sus predecesores Coolidge y Harding. Pero no eran tiempos normales. Por eso ni los remedios de Hoover ni los de su sucesor, más osado e imaginativo, fueron suficientes para restaurar la salud económica de la nación, si bien Franklin Roosevelt hizo infinitamente más para aliviar el sufrimiento del paciente⁽²⁶⁾.

Únicamente el tremendo estímulo de la Segunda Guerra Mundial resultó suficiente para curar la economía enferma del país y lanzarlo a un período de espectacular crecimiento al lado del cual "la dorada época del 20" parecía pálida en comparación⁽²⁷⁾. De tal manera, Hoover, en tanto iba mucho más lejos que otros presidentes en sus esfuerzos para aliviar las penurias económicas⁽²⁸⁾, se oponía al tipo y a la escala de intervención federal que hubiera sido quizá efectiva⁽²⁹⁾.

Teniendo en cuenta los elementos conservadores que predominaban en el 71º Congreso y la composición muy poco liberal de ambas Cámaras durante el 72º, parece dudoso que muchas de las medidas del "New Deal" de Roose-

(26) COCHRAN, *Great Depression*, págs. 11, 12 y 15. El brillante autor de lo que Cochran describe como "el cambio más importante desde Adam Smith" (*The Wealth of Nations*, 1776) en la teoría económica anglo-norteamericana, JOHN M. KEYNES, advirtió en vano tanto a Hoover como a Roosevelt que sólo un programa de inversiones estatales masivas en gran escala, aun a riesgo de ocasionar un presupuesto deficitario, levantaría a Norteamérica del estado de postración en que se hallaba. "Parece políticamente imposible —puntualizó con tristeza en 1940— que una democracia capitalista puede organizar sus gastos estatales en la escala necesaria para demostrar la veracidad de mi aserto, excepto bajo condiciones de guerra". Citado por RICHARD HOFSTADTER, *From Progressivism to the New Deal*, en Sidney Fine y Gerald S. Brown (eds.), *The American Past: Conflicting Interpretations of the Great Issues* (Macmillan: Nueva York, 1961), II, pág. 435.

(27) ROBERTSON, *op. cit.*, págs. 432-34, 441-50.

(28) Incluso los demócratas Martin Van Buren (1837), James Buchanan (1857), Grover Cleveland (1893) y Woodrow Wilson (1920).

(29) Cabe preguntarse qué habría sucedido, cuando los japoneses invadieron Manchuria en 1931, si Estados Unidos hubiera enfrentado esa violación abierta de los Tratados de las Nueve Potencias (1922) y Kellog-Briand (1927) con la fuerza militar. Suponiendo que Hoover, el Congreso y la opinión pública hubiesen apoyado esa guerra —en realidad se oponían a la intervención armada en el Lejano Oriente—, subsiste la cuestión de si la magnitud de la misma hubiera generado una demanda adecuada de recursos humanos y materiales para invertir el proceso económico depresivo. Los resultados del rearme alemán entre 1933 y 1939 tenderían a respaldar el argumento de Keynes.

velt se hubieran podido aprobar legislativamente entre 1929 y 1933⁽³⁰⁾. Y aun admitiendo que hubiera podido salir a salvo de la fosa de los leones que era el Congreso, casi seguramente la Suprema Corte hubiera desafiado la constitucionalidad de esas leyes avanzadas para la época⁽³¹⁾. Incluso si el propio lord Keynes, el profeta y sumo sacerdote del déficit presupuestario anticíclico, hubiese sido presidente de los Estados Unidos, habría necesitado poderes dictatoriales para pasar por encima de las ramas legislativas y judicial del gobierno federal.

Contra ese telón de fondo, entonces, Herbert Hoover emerge como un médico que primero trata de convencer al paciente afectado de neumonía que sólo tiene un resfrío y pronto ha de curarse. Cuando este expediente falla y el paciente empeora, su médico le recomienda jugo de naranjas. Finalmente, cuando la enfermedad se torna crítica, este médico singular prescribe aspirina, aunque lo que le hace falta al paciente es una dosis masiva de penicilina. La primera fase del tratamiento del presidente Hoover para la economía norteamericana postrada se caracterizó así por optimistas pronunciamientos de Washington para restaurar la confianza nacional⁽³²⁾. En una serie de conferencias acompañadas de muchas publicidades que se realizaron en la Casa Blanca con dirigentes empresarios y laborales, el jefe del Poder Ejecutivo ensayó la persuasión moral. Les pidió su cooperación para mantener el nivel de precios, salarios y empleo⁽³³⁾. En realidad la recesión daba margen para muy pocas opciones: o los empresarios reducían radicalmente los salarios y la producción o cortejaban la bancarrota.

Advirtiendo que la psicología aplicada era, en el mejor de los casos, de valor marginal, el médico de la avenida Pensilvania 1600 ideó un tipo distinto de tratamiento para el paciente. En la segunda fase de su campaña enderezada

(30) La distribución de las bancas en el Congreso era la siguiente para el período 1929-31: Senado, 56 republicanos, 39 demócratas y 1 independiente; Cámara de Representantes, 267 republicanos, 167 demócratas, y 1 independiente. Para el período 1931-33: Senado, 48 republicanos, 47 demócratas y 1 independiente; Cámara de Representantes, 220 demócratas, 214 republicanos y 1 independiente.

(31) Como quedó probado por su rechazo de la Ley Nacional para la Recuperación Industrial (1935), la Ley de Ajuste Agrícola (1936) y otras leyes del *New Deal*. Con la excepción de dos magistrados designados por Woodrow Wilson (uno, McReynolds, era un reaccionario intransigente) todos habían accedido al tribunal más alto de la nación por presidentes republicanos conservadores (Roberts y Cardozo durante el gobierno de Hoover). Es de presumir que los mismos hombres hubieren votado 6 a 3 y 5 a 4 antes de 1933 como lo hicieron en 1935 y 1936.

(32) Dos ejemplos serán suficientes. "Hemos atravesado como mínimo quince depresiones mayores en el último siglo [...] declaró Hoover, recordando al pueblo norteamericano que "hemos sobrevivido a cada una de ellas [...] para desembarcar en un período de prosperidad inigualada". Pasó luego a profetizar: "Esta vez también lo haremos". Citado por CHARLES A. y MARY R. BEARD, *Historia de los Estados Unidos* (Tipográfica Editora Argentina: Buenos Aires, 1962), pág. 532. El segundo ejemplo tiene resonancias de su actuación en el Departamento de Comercio, pues se hace eco de manifestaciones de Coolidge y Harding: "El asunto fundamental de este país, o sea, la producción y distribución de artículos se lleva a cabo sobre una base firme y próspera". Con tal afirmación de Hoover coincidían la mayoría de los grandes empresarios, al menos para el consumo público. Citado por WILLIAM, CURRENT y FREIDEL, *op. cit.*, pág. 715.

(33) Temiendo por la moral del paciente, Hoover mostró cierta astucia en cuanto a la discrepancia entre sus comentarios públicos y sus opiniones vertidas en privado sobre la situación económica. Como explica COCHRAN, "inició la práctica de presentar un cuadro realista de las malas condiciones de la economía para confidentes y otro cuadro para la prensa de vivos colores optimistas, política que iba a prevalecer durante todo su gobierno". *Great Depression*, pág. 12.

a que volvieran los buenos tiempos, exhortó al sistema de la Reserva Federal⁽³⁴⁾ para que descarnara los controles crediticios y pusiera en disponibilidad más fondos para préstamos a las empresas. No sin lógica, con el barómetro económico en bajante cada vez más pronunciada, pocos empresarios querían pedir préstamos para aumentar sus inventarios ya abarrotados o expandir la producción sin destino cierto, por bajas que fueran las tasas de interés⁽³⁵⁾.

Consciente de los aprietos en que se hallaban los agricultores, el primer mandatario indujo a la Junta Agrícola federal a que ayudara a la formación de corporaciones o consorcios de estabilización para los productos agrícolas y para respaldar precios en las bolsas de productos agrícolas⁽³⁶⁾. Sin controles que restringieran la producción agrícola, los 500 millones de dólares gastados por la Junta corrieron la suerte del agua que desaparece en el suelo arenoso. El gobierno compraba y almacenaba enormes cantidades de productos agrícolas, pero no podía evitar que los precios bajaran más de la mitad, registrándose una epidemia de bancarrotas agrarias entre 1929 y 1932⁽³⁷⁾.

En medio de los gruesos nubarrones que surcaban el cielo en el año 1930, el Congreso y el presidente republicanos acudieron a la histórica pana-

(34) Es el equivalente norteamericano de los bancos centrales europeos, con importantes modificaciones que reflejan las diferencias en la magnitud física y en la estructura económica de los EE.UU. Es teóricamente independiente del Poder Ejecutivo. El sistema consta de la Junta de Gobernadores, con sede en Washington; el Comité Federal del Mercado de Títulos Públicos, que regula las operaciones en el mercado de títulos públicos que realizan los bancos de la Reserva Federal; el Consejo Consultivo Federal (con un representante por cada distrito de la Reserva Federal), que asesora a la Junta de Gobernadores, y un Banco de la Reserva Federal situado en cada una de las principales ciudades bancarias (New York, Chicago, San Francisco, etc.), cabezas de los doce distritos de la Reserva Federal en que se ha dividido al país. Estos doce bancos reflejan un tácito reconocimiento de que, desde el punto de vista de la actividad económica, el país está en realidad dividido en regiones (la mayoría está al Este del río Misisipí) más bien que en unidades políticas representadas por los distintos Estados.

(35) Lo que sugiere las limitaciones de los controles monetarios por sí mismos. Los economistas keynesianos prescriben una mezcla de remedios monetarios y fiscales (alto nivel de gastos públicos, impuestos, etc.), con énfasis en los fiscales, que son de mayor gravitación. Si hubiese aumentado el poder adquisitivo en masa (p. ej., por los costosos programas de gastos nacionales para ayuda a amplias capas de la población), los empresarios se habrían sentido estimulados a engrosar sus inventarios (en anticipación de mayores ventas y ganancias) y a ampliar su capacidad productiva (con el correlativo aumento de la oportunidad de empleo de mano de obra). Bajo esas condiciones, las mayores facilidades de crédito y las bajas tasas de interés habrían contribuido a la recuperación, pero no solamente por esos motivos.

(36) La Ley de Mercados para la Agricultura de junio de 1929 estableció una Junta Agrícola Federal para *asesorar* a los agricultores sobre la conveniencia de restringir la producción (para elevar los precios, deprimidos desde la Primera Guerra Mundial), y para ayudarlos a fundar cooperativas, con vistas a una más eficiente comercialización de las cosechas. Para el caso de sobrantes de producción, la Junta había previsto 500 millones de dólares destinados a crear consorcios de estabilización (poseídos y controlados por los propios agricultores) con el objeto de comprar los excedentes y almacenarlos, manteniéndolos temporariamente fuera del mercado.

(37) Teniendo en cuenta que la agricultura estaba alicaída desde el fin de la Primera Guerra Mundial, el valor de los predios agrícolas, ya disminuido de por sí, declinó un tercio más desde 1929 a 1932. FAULKNER, *op. cit.*, pág. 646. Un 40 por ciento de los establecimientos agrícolas de la Nación habían sido hipotecados en la década del 20, y entre 1930 y 1933 casi la tercera parte del total cambió de dueño. "En algunas áreas los agricultores vecinos entre sí se unían para controlar las ventas de las propiedades hipotecadas —agrega un historiador económico—. Rodeando al rematador, evitaban que aquéllas fuesen adquiridas por personas ajenas, las compraban a precios irrisorios y las devolvían al propietario original". COCHRAN, *Great Depression*, pág. 18.

cea del partido para los males del país en tiempos de tensión: la elevación de los aranceles aduaneros. La Ley Hawley-Smoot subió los derechos de importación a sus niveles más altos desde el nacimiento de la República. Haciendo caso omiso a las protestas de prominentes banqueros, exportadores y economistas de nota (incluso una presentación para que se vetara la ley, firmada por más de un millar de miembros de la prestigiosa American Economic Association), Hoover pensaba que una mayor protección aduanera mejoraría la moral de la comunidad empresaria⁽³⁸⁾. Tal como se había previsto, la Ley Hawley-Smoot, al ser aplicada, originó rápidas represalias del exterior e hizo aún más difícil para las naciones europeas el pago de sus ingentes deudas con Estados Unidos. Al faltarles reservas de oro adecuadas, no tenían otra alternativa de pago que ganar dólares exportando mercaderías y servicios⁽³⁹⁾.

Fiel a sus principios sobre la cooperación voluntaria, el presidente pidió a las autoridades estatales y municipales que aumentaran sus programas de ayuda social, no obstante su obvia carencia de medios suficientes para financiar los programas que ya estaban en vigencia⁽⁴⁰⁾. Además pidió al Congreso que mitigara los impuestos a los réditos personales y de las sociedades anónimas⁽⁴¹⁾. Fueron sancionadas tasas más bajas en ese sentido, pero aun así a los sectores de ingresos medios y bajos les quedó poco dinero para gastar en consumos. En cuanto a los grupos acaudalados y los beneficiarios en las sociedades anónimas de la nueva ley impositiva, mostraron poco entusiasmo por invertir en nuevos negocios, que teóricamente hubieran proporcionado trabajo a desocupados⁽⁴²⁾. Es interesante observar que la reducción

(38) Se suponía que también el agricultor norteamericano se beneficiaba: "Una creencia ingenua en que las tarifas aduaneras servían para aumentar los precios de los productos agrícolas tradicionalmente exportados, no de los importados —acota ROBERTSON—, condujo a una política de 'protección' a la agricultura que culminó en los elevados aranceles aduaneros fijados por la Ley Smoot-Hawley". *Op. cit.*, pág. 152.

(39) "El problema insoluble era el de transferir el dinero —subraya un distinguido historiador europeo— cuando los Estados Unidos se negaban a importar mercaderías europeas". Comparando las elevadas tarifas norteamericanas con "una Muralla China en torno de los Estados Unidos", se pregunta: "¿Cómo hubiera comprado el resto del mundo los productos agrícolas de la Unión?". ANDRÉ MAUROIS, *Los Estados Unidos: 1917-1960* (Emecé: Buenos Aires, 1964), págs. 121 y 129.

(40) Cf. *supra*, N° 21. En Toledo (Ohio), el municipio podía proporcionar sólo dos centavos por comida a los que recibían la ayuda gubernamental. FREIDEL, *The New Deal in Historical Perspective*, *loc. cit.*, pág. 2. Nueva York, a su vez, pagaba 2,39 dólares por semana a las familias beneficiarias. Esa suma difícilmente le podía alcanzar para el sustento, no ya a una familia entera, sino a un solo individuo; con todo, era más generosa que en otras ciudades. La carencia de fondos obligó a la Municipalidad de Detroit a eliminar de la lista de ayuda a la tercera parte de las familias necesitadas en la ciudad, y Saint Louis tuvo que amputar su rol de tales víctimas de la crisis por la mitad. BLUM, *loc. cit.*, pág. 635.

(41) Una arma fiscal anticíclica usada en varias ocasiones desde la Segunda Guerra Mundial. El problema radica en que los ingresos de las clases media y obrera habían declinado tanto que las reducciones impositivas virtualmente no tenían sentido para la vasta mayoría de los norteamericanos. Claro está que para los pocos afortunados cuyos ingresos se mantenían en un nivel suficientemente elevado como para pagar impuestos, las reducciones de los mismos fueron bienvenidas.

(42) En realidad, según un prominente historiador económico, "estímase en fuentes responsables que la nueva inversión no era suficiente para absorber la depreciación y las necesidades de reposición" en los años 1929-1932. COCHRAN, *op. cit.*, pág. 15. Parte de la inesperada ganancia representada por las sustanciales reducciones de impuestos se volcó indirectamente a los necesitados en una improvisada acción de ayuda privada. "Fue éste el tiempo de los remedios pueriles e inadecuados —escribe burlona-

impositiva, si bien no logró estimular el proceso económico, contribuyó sustancialmente a un déficit presupuestario nacional cercano a los 500 millones de dólares por el ejercicio fiscal terminado en junio de 1931⁽⁴³⁾. Aunque sólo fuera momentáneamente, Hoover había dado un paso sumamente significativo: se había mostrado dispuesto a arriesgar un presupuesto desequilibrado con la esperanza de revivir al sector privado de la economía.

En un esfuerzo paralelo, el primer magistrado también pidió al Congreso que autorizara desembolsos gubernamentales para obras públicas autofinanciadas⁽⁴⁴⁾. La construcción financiada con fondos federales subió entonces de 235 millones de dólares en 1929 a 504 millones en 1931, lo que insufló un poco de vida al negocio de la construcción y a otros que habían sido duramente castigados por su declinación, tales como la industria del acero y la ferroviaria. Lamentablemente, las inversiones estatales y municipales en las construcciones públicas bajaron más de mil millones de dólares entre 1929 y 1932, contrabalanceando desfavorablemente la expansión del programa federal⁽⁴⁵⁾.

Entretanto, los acontecimientos europeos conspiraban contra el cauto programa de Hoover para la recuperación nacional. Tambaleantes tras el desastre bursátil de 1929, los banqueros norteamericanos habían suspendido los préstamos a Alemania. En la década del 20 las transfusiones de capitales norteamericanos privados habían permitido a la República de Weimar pagar sus cuotas por las reparaciones de guerra a Gran Bretaña y a Francia, países que utilizaban esos dólares que les pagaba Alemania para abonar, a su vez, sus deudas al gobierno de los Estados Unidos emergentes de la Primera Guerra Mundial. Esta pelota que partía de EE.UU. y volvía de rebote pudo ser jugada mientras los banqueros norteamericanos estuvieron en condiciones de arrojarla. La terminación de los préstamos norteamericanos a Alemania y la Ley

mente un amigo francés de Estados Unidos— cuando viejas damas millonarias hacían trazar en sus parques caminos que no conducían a parte alguna a fin de ocupar a obreros sin empleo". MAUROIS, *op. cit.*, pág. 130.

(43) Los ingresos al fisco federal declinaron de 4.178 millones de dólares en 1930 a 3.116 millones al año siguiente, aunque los gastos sólo subieron de 3.440 millones a 3.577 millones de dólares. El presupuesto fue todavía más desequilibrado en el año 1932, con un déficit de 2.735 millones de dólares. LUMAN H. LONG (ed), *The 1969 World Almanac and Book of Facts* (Newspaper Enterprise Association, Inc.: Nueva York, 1969), pág. 132. Esto más tarde expuso al pobre Hoover a ataques viciosos e injustos por parte del partido Demócrata. Durante la campaña presidencial de 1932, Franklin Roosevelt acusó a los sucesivos gobiernos republicanos entre 1927 y 1931 de haber hecho elevar el presupuesto nacional a mil millones de dólares, es decir, casi en un 50 por ciento. Fue —en sus palabras— "el pasado de mayor despilfarro y más extravagante que he podido descubrir en los registros estadísticos de cualquier gobierno y de cualquier época, en tiempo de paz". Citado por FREIDEL, *Estados Unidos*, I, pág. 568.

(44) Obras públicas autofinanciadas son aquéllas cuyo usufructo, que se cobra al usuario en una forma u otra (peaje, derechos de acceso, etc.), permite recuperar eventualmente el costo de su construcción. Hoover favoreció obras de ese tipo como grandes puentes, viviendas en alquiler y grandes aprovechamientos hidroeléctricos (cuyo costo podía cubrirse con la venta de corriente eléctrica). En realidad, el país necesitaba una vasta red carretera donde pudiera circular eficientemente la gran cantidad de automotores que llevaron a cabo una revolución al fondo en la vida norteamericana en la década del 20. Hoover nunca consideró el problema seriamente, aunque hubiera podido financiar una amplia red vial con mayores impuestos a la nafta, el peaje y títulos de autoamortización, como posteriormente fue demostrado por las autopistas de los estados de Pensilvania y Nueva Jersey, los dos pioneros que por su ejemplo inspiraron tantos otros proyectos similares después de la Segunda Guerra Mundial.

(45) COCHRAN, *Great Depression*, págs. 15 y 16.

Hawley-Smoot sobre derechos aduaneros resultaron ser un impacto demasiado duro para el vulnerable sistema de pagos intergubernamentales. El inevitable colapso se produjo en la primavera de 1931.

Una moratoria de las deudas de las naciones europeas al gobierno de los Estados Unidos, más una oferta de préstamos y créditos contingentes de Washington, probablemente hubieran salvado el sistema bancario europeo en 1930. Por entonces Hoover pensó realmente en una moratoria. Pero, como sucedió con la economía interna, se planteó nuevamente el problema de "demasiado poco y demasiado tarde". Cuando finalmente se decidió a declarar una moratoria de sólo un año en el verano de 1931 (después de la prudente consulta al Congreso), el daño había sido hecho. En tanto que los presidentes norteamericanos posteriores demostraron una generosidad casi excesiva en materia de préstamos y créditos, esos remedios hubieran sido considerados como una imperdonable herejía en la década del 30 por razones políticas y económicas⁽⁴⁶⁾. Además, en el caso extremadamente improbable de que Hoover hubiera deseado desempeñar el papel de Papá Noel, el Congreso nunca le habría autorizado los fondos necesarios.

Para empeorar las cosas, la bancarrota de los principales bancos alemanes y austríacos puso en peligro préstamos a corto plazo por casi dos mil millones de dólares que les habían otorgado banqueros privados norteamericanos sin garantía subsidiaria. Inversiones europeas fueron apresuradamente repatriadas de Estados Unidos y Gran Bretaña, deprimiendo aún más el mercado de valores cuando los títulos y las acciones en manos extranjeras fueron malvendidos a cualquier precio. Una corrida en el Banco de Inglaterra forzó a Albión a apartarse del patrón oro en setiembre de 1931. Salvo Estados Unidos, Francia e Italia, la escasez de oro y divisas obligaron a cada país importante a abandonar el patrón oro para fines de ese año.

Reexportado de Europa a EE. UU., donde primeramente había aparecido casi dos años atrás, el virus letal volvió a infectar la economía nacional, minándola más todavía. No obstante, el Presidente Hoover no pudo hacerse una relación de causa y efecto. Se negó resueltamente a dar por canceladas las deudas de guerra aliadas cuando expiró su moratoria, lo que lisa y llanamente condujo a que cada gobierno deudor, excepto el de Finlandia, dejara de cumplir sus obligaciones con Estados Unidos⁽⁴⁷⁾. Bajo condiciones me-

(46) El sentimiento aislacionista se acentuó durante la época del *New Deal*, como quedó demostrado por la Ley Johnson de 1934 (por la cual se prohibían préstamos a gobiernos que habían dejado de pagar sus deudas a Estados Unidos) y las sucesivamente más estrictas Leyes de Neutralidad de 1935, 1936 y 1937, todas aprobadas por Congresos demócratas y promulgadas por un presidente demócrata. El propio Roosevelt ayudó a torpedear la Conferencia Económica de Londres durante el verano de 1933, cuando puso la recuperación nacional (la devaluación del dólar para elevar los precios) por encima de los egoístas intereses europeos (restauración del patrón oro). Habiendo anunciado en mayo que la estabilización monetaria era esencial para "establecer el orden en lugar del caos reinante", el 3 de julio envió un cable — "un mensaje que fue una bomba" — en el que denunciaba "los viejos fetiches de los denominados banqueros internacionales". Citado por FREIDEL, *Estados Unidos*, II, págs. 714-15, y BLUM, *loc. cit.*, pág. 678. De tal modo "la política confusa y contradictoria de Roosevelt había acabado con la más mínima posibilidad de lograr una cooperación internacional tendiente a la rehabilitación económica". FREIDEL, *Estados Unidos*, II, pág. 715.

(47) "Era una calesita bastante ridícula [...]" en la opinión de ANDRÉ MAUROIS. "Mientras los Estados Unidos prestaron dinero a Alemania, los caballitos de madera podían continuar girando sin que esto beneficiaría a nadie [...]. Si bien todo esto era evidente, persistía una falta de realismo". *Op. cit.*, pág. 121. Solamente Fin-

nos críticas, el nacionalismo económico de Hoover hubiera sido comprensible, como el de Harding y Coolidge⁽⁴⁸⁾. Después de octubre de 1929, era miope y claramente contraproducente⁽⁴⁹⁾.

Sacudido por los sucesos en Europa y su efecto de "boomerang" sobre la economía norteamericana, el presidente Hoover comenzó a pisar terreno no hollado hasta entonces. En diciembre de 1931 una legislación sin precedentes marcó el comienzo de la fase final de sus tentativas para combatir la Gran Depresión. Al fin importantes dirigentes empresarios y políticos, asustados por el giro de los acontecimientos, habían logrado convencerle de que el gobierno federal debía intervenir si se quería que sobreviviese la estructura de créditos de la nación. A todo vapor se aprobó en el Congreso una ley por la que se creaba la Corporación Financiera para la Reconstrucción (RFC) con un capital de 500 millones de dólares, con el propósito de otorgar créditos de rescate a bancos, compañías de seguros y ferrocarriles. Al poco tiempo el Congreso agregó 1.800 millones de dólares más al capital inicial del organismo⁽⁵⁰⁾. El propio presidente propuso también la formación de bancos de Préstamos a Propietarios de Casas para refinanciar hipotecas y evitar que millares de familias norteamericanas perdieran sus hogares. Es interesante notar que los sectores privados de la banca presionaron bastante para demorar la sanción del Congreso hasta mediados de 1932, y lograron que por lo menos se redujera apreciablemente el alcance de la ley pedida por el presidente⁽⁵¹⁾. Si bien habían aceptado sin vacilar centenares de millones de

landia seguía pagando puntualmente en oro los intereses de su pequeña deuda hacia junio de 1933. Gran Bretaña, Rumania, Italia, Checoslovaquia, Letonia y Lituania hacían pagos parciales en prenda de buena fe en plata, en tanto que Francia, Bélgica, Polonia y Hungría interrumpieron totalmente sus pagos. Como bien señala FAULKNER, "lo más que puede decirse sobre todo el asunto de las reparaciones y deudas de guerra es que aportó una experiencia que resultó de algún valor en años posteriores". *Op. cit.*, pág. 690. Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos concedió verdaderas dádivas de decenas de miles de millones de dólares a los gobiernos necesitados y dio pasos de amplitud sin precedentes para eliminar las barreras del comercio internacional.

(48) COOLIDGE resumió la opinión nacional sobre el pago de los diez mil millones de dólares a que ascendían las deudas de guerra aliadas en su tan a menudo citada observación: "Pidieron prestado ese dinero, ¿no es cierto?". Citado por WILLIAMS, CURRENT y FREIDEL, *op. cit.*, pág. 48.

(49) "La cuestión no estribaba en saber si habían pedido prestado el dinero, sino si contaban con algún medio de reembolsarlo", destaca juiciosamente ANDRÉ MAUROIS. Y tampoco eso era todo, porque "[...] el Tío Sam, muy injustamente, fue bautizado Tío Shylock. Hubiera sido preferible renunciar a créditos incobrables y hacerse así de amigos". *Op. cit.*, pág. 121. En términos generales, "Hoover aceptó lo que hubiera podido llamarse punto de vista nativo de la Gran Depresión: vino de afuera. Era pues el producto, no de deficiencias de la economía norteamericana, sino de repercusiones de las poco firmes instituciones de Europa". HOFSTADTER, *loc. cit.*, pág. 434, cita.

(50) "Muchos bancos comerciales, principalmente los mayores, evitaron quebrar gracias a la Corporación, cuya vigorosa actividad en materia de préstamos quizás haya impedido una catástrofe definitiva". ROBERTSON, *loc. cit.*, pág. 269. La política de la Corporación de Reconstrucción Financiera de efectuar préstamos principalmente a las grandes instituciones fue acremente criticada. Por otra parte, si a los bancos más grandes y a las compañías de seguros más importantes del país se les hubiera permitido quebrar, eso habría originado una verdadera cadena de quebrantos entre muchos millares de establecimientos dependientes de ellos.

(51) COCHRAN, *Great Depression*, pág. 19. "Aunque la Corporación Financiera para la Reconstrucción y la Ley de Préstamos a Propietarios de Casas [o Ley de Refinanciación de Hipotecas] tenían por misión proporcionar créditos de emergencia, muchos esperaban también contribuyeran a hacer subir los precios". FAULKNER, *op. cit.*, 651.

dólares en préstamos de la Corporación Financiera para la Reconstrucción, no veían con agrado la intervención federal en el proficuo negocio hipotecario.

Tales fueron las primeras medidas positivas para contener la marcha hacia el caos. Además sentaron precedentes de gran importancia para el futuro. Por primera vez en la historia del país un gobierno había interpretado la cláusula del "bienestar general" de la Constitución en el sentido de que el gobierno federal es responsable del mantenimiento del bienestar económico nacional⁽⁵²⁾. Hoover, ardiente partidario del "laissez-faire", consideraba esas leyes como medidas de emergencia y, en el peor de los casos como males necesarios. Ni siquiera sospechaba que había abierto un especie de caja de Pandora de donde se escaparía el *Welfare State* norteamericano.

Cuando Hoover abandonaba la Casa Blanca el Congreso había autorizado a la RFC a prestar 300 millones de dólares a los gobiernos estatales que no podían financiar más sus programas de ayuda social⁽⁵³⁾. Sobre la base de los requerimientos mínimos por ese concepto establecidos más tarde por el "New Deal", los estados probablemente necesitaban cinco veces esa suma de Washington en 1932⁽⁵⁴⁾. Como la propia RFC, los préstamos federales a los gobiernos estatales con propósitos de ayuda social constituyeron otro precedente para Franklin Roosevelt y sus sucesores.

Antes de terminar su último año en el gobierno, Hoover demostró que se había sentido más cómodo en el pasado que en el presente. Trató de que la ley impositiva de 1932 equilibrara el presupuesto federal elevando todos los impuestos a los réditos, acortando exenciones para rentas personales, derogando el crédito sobre los ingresos por la producción y venta de bienes y servicios (igual al 25 % del impuesto en las categorías más bajas), como asimismo aumentando los impuestos a las sociedades anónimas, a la herencia y a los consumos. Como si nada hubiera sucedido desde 1929, se negó a modificar su fuerte convicción de que la confianza del mundo de los negocios era la llave maestra de la recuperación económica⁽⁵⁵⁾. Y las llaves de la confianza empresarial eran un presupuesto equilibrado y el dólar libremente con-

(52) El Preámbulo dice así: "Nosotros, el Pueblo de los Estados Unidos, a fin de formar una Unión más perfecta, establecer la Justicia, afianzar la Tranquilidad interior, proveer a la defensa común, *promover el Bienestar general* y asegurar para nosotros mismos esta Constitución para los Estados Unidos de América". El subrayado es nuestro.

(53) Porque Hoover había insistido que la Corporación Financiera para la Reconstrucción otorgara préstamos de ayuda a los Estados sobre la base de "una necesidad absoluta y pruebas de agotamiento financiero", tales préstamos eran inadecuados. Gifford Pinchot, gobernador de Pensilvania (1923-27 y 1931-35), cuyos servicios distinguidos —aunque controvertidos— durante tres presidencias republicanas en Washington (1898-1910) lo hacían acreedor a una mayor atención de la Casa Blanca que la mayoría de los demás gobernadores, constituyen un excelente ejemplo. Le solicitó a la Corporación Financiera para la Reconstrucción 45 millones de dólares (las tres cuartas partes de sus necesidades mínimas para alimentar a los desocupados de Pensilvania durante un año) y obtuvo sólo 11 millones (tres centavos diarios por persona). BLUM, *loc. cit.*, pág. 642.

(54) COCHRAN, *Great Depression*, pág. 20.

(55) Eventualmente su teoría habría resultado factible si la mayoría de los norteamericanos hubiera querido aceptar mayores padecimientos. "No creo que pueda haber ninguna duda —explica un prominente hombre de negocios de la época— de que Estados Unidos habría salido de la crisis si la administración Hoover hubiera continuado en el poder". Pero estaban cansados de tanto esperar —y padecer— por la recuperación "normal" que había prometido Hoover. "No habló de laboriosidad, frugalidad o ingenio —continúa Paul Litchfield, de la Goodyear, hablando sobre Roosevelt—. Se limitó a decir que el gobierno lo arreglaría todo". Citado en COCHRAN, *Estados Unidos*, p. 153.

vertible en oro. La Ley de Rentas Públicas de 1932 terminó en un triple fracaso. No balanceó el presupuesto, ejerció un fuerte impacto deflacionario al quitarle poder adquisitivo al sector privado y no restauró la confianza empresarial. El dólar siguió siendo libremente convertible, como si eso fuera lo que realmente importaba a millones de norteamericanos que no podían cambiar un solo dólar por monedas sencillas.

En realidad, la otra gran potencia acreedora del mundo no parecía estar sufriendo nueva recaída como resultado de haber renunciado al patrón oro un año antes⁽⁵⁶⁾. Gran Bretaña y la mayor parte de Europa comenzaban a recobrase de la Gran Depresión a fines de 1932. Hoover pasó por alto el hecho de que Estados Unidos había decaído hacia 1932 mucho más que cualquier otra potencia industrial, salvo la frágil república de Weimar, donde la turbulencia política exacerbó la crisis económica⁽⁵⁷⁾. Esta situación no era del todo accidental.

A la economía norteamericana le faltaban instrumentos de estabilización económica como las cajas de jubilaciones y los fondos de compensación para el desempleo, comunes en Europa. Los gobiernos continentales eran también más pragmáticos y controlaban en grado mucho mayor las respectivas economías nacionales⁽⁵⁸⁾. En ningún país europeo se logró la recuperación simplemente con el ajuste del mercado autorregulador tan estimado por Andrew Mellon, primer secretario del Tesoro de Hoover. Mellon, que ejerció ese cargo desde 1921 hasta 1932, creía en la conveniencia de dejar que el ciclo económico siguiera su curso inexorable de conformidad con las leyes mecánicas de la economía clásica⁽⁵⁹⁾.

Dicho sea a su favor, Herbert Hoover no dejó a su secretario del Tesoro que dominara la política interna del gobierno, como el mismo Mellon lo había hecho bajo el gobierno del mediocre Coolidge y del patéticamente débil

(56) Sin que ello implique mostrar relación causal alguna, es de notar que la producción industrial declinó un 31 por ciento en Francia, país líder del bloque europeo del patrón oro en 1933, contra sólo el 16 por ciento en Gran Bretaña, que lo había abandonado en 1931. Quizá podría argüirse que Francia hizo poco en el campo de la legislación social hasta el gobierno del Frente Popular de León Blum (1936-37), como lo puntualizó el propio Roosevelt y, por lo tanto, a su economía le faltaban estabilizadores automáticos como los que tenían Gran Bretaña y los países escandinavos. Cf. WILLIAM E. LEUCHTENBURG, *The Great Depression*, en C. Vann Woodward (ed.), *op. cit.*, págs. 326 y 334.

(57) Entre mayo de 1932 y enero de 1933 Alemania tuvo cuatro cancilleres: Brüning, von Papen, von Schleicher e Hitler.

(58) Si a Hoover se lo acusó de actuar "demasiado poco y demasiado tarde", a su sucesor, Roosevelt, se le puede atribuir el lema "más tarde que nunca". Como observó un prominente erudito que estudió concienzudamente el período en cuestión, Roosevelt "estaba más dispuesto a sacar partido de la experiencia de Europa". LEUCHTENBURG, *loc. cit.*, 329. Cuando todavía era gobernador de Nueva York les pidió a altos funcionarios de su administración que estudiaran asuntos tales como el seguro de desempleo, política de vivienda y política laboral en los países europeos. Más tarde, ya como presidente de EE.UU., envió a unos de sus principales asesores al extranjero para que le trajeran ideas útiles. Según sus propias palabras "estaba enormemente interesado en lo que habían hecho en Escandinavia", especialmente el así llamado "medio camino" de Suecia. Citado en *ibid.*, pág. 330.

(59) Recordando que la economía norteamericana se había podido recobrar de las severas depresiones que comenzaron en 1873 y 1893, el consejo de Mellon era brutalmente simple: "liquidar la mano de obra, liquidar las existencias de mercaderías, liquidar a los agricultores". Citado por BLUM, *loc. cit.*, pág. 633. Andrew Mellon podía darse personalmente el lujo de preconizar el darwinismo social en la década del 30, por cuanto era uno de los hombres más ricos del mundo (Gulf Oil Company, Aluminium Company of America, intereses bancarios, etc.).

Harding. Al aceptar su designación como candidato republicano a la presidencia para un segundo período en agosto de 1932, Hoover defendió su foja de servicios desde 1929 de esta manera:

Hubiéramos podido permanecer inactivos. Eso hubiese sido la ruina total. En cambio, afrontamos la situación proponiendo a la empresa privada y al Congreso el programa más gigantesco de defensa y contraataque económicos jamás encarado en la historia de la República⁽⁶⁰⁾.

No obstante su sinceridad, sus palabras no podían modificar el hecho de que en Europa la recuperación económica se había logrado en menor tiempo y con un nivel de actividad relativamente más alto con respecto a 1929 que en Norteamérica. En todo caso, el gobierno nacional jugó un papel decididamente más agresivo que lo que hubiera podido aceptar el trigésimo primer presidente de Estados Unidos.

Prisionero de sus rígidos principios, Hoover hizo naufragar su propio programa agrícola al negarse a imponer controles federales sobre la producción agraria. Rechazó obstinadamente la idea de que podían utilizarse fondos del gobierno nacional para la ayuda directa a individuos necesitados de ella⁽⁶¹⁾. Permitió que una conducción conservadora, cuando no reaccionaria, hiciera tambalear la Corporación Financiera para la Reconstrucción, que hubiera podido aportar una contribución decisiva hacia la ansiada recuperación económica⁽⁶²⁾. Terminó su gobierno tratando de equilibrar el presupuesto, tarea virtualmente imposible en un momento en que los ingresos al fisco declinaban sensiblemente y disminuyó aún más el poder adquisitivo de la población. En suma, le faltaron el espíritu de compromiso y la flexibilidad tan esenciales en los líderes políticos de una democracia, sobre todo en tiempos de crisis nacional.

IV. José Félix Uriburu, 1930-32.

El virus letal que atacó a los Estados Unidos en octubre de 1929 no causó en la Argentina el mismo efecto paralizante. Por de pronto, la Argen-

(60) Citado por ROSSITER y LARE, *op. cit.*, pág. 345. Mucho tiempo después de haber dejado la Casa Blanca, Hoover seguía convencido de que su política había sido sana. Defendió con vehemencia sus puntos de vista en sus memorias: *The memoirs of Herbert Hoover* (Houghton Mifflin, Boston, 1957). Un estudio más desapasionado de su actuación, aunque favorable a ella, es el de HARRIS G. WARREN en *Herbert Hoover and The Great Depression* (Oxford: Nueva York, 1959).

(61) "Un acto voluntario —declaró Hoover— es infinitamente más precioso para nuestro ideal nacional que mil intervenciones de la Tesorería". Citado por MAUROIS, *op. cit.*, p. 129.

(62) Desde marzo a julio de 1932, la Corporación Financiera para la Reconstrucción prestó 126 millones de dólares, de los cuales más de la mitad fueron a tres grandes bancos. No parece haber sido una coincidencia que uno de los tres fuese el banco de Charles G. Dawes. Este banquero de Chicago había sido director del Presupuesto bajo la presidencia de Harding, vicepresidente de Coolidge y presidente de la propia Corporación de Reconstrucción Financiera hasta apenas un mes antes de la concesión del préstamo. BLUM, *loc. cit.*, pág. 642.

tina estaba en las primeras etapas de su industrialización⁽⁶³⁾. Su economía básicamente agropecuaria y su elástica burocracia gubernamental podían absorber en mayor grado la denominada "desocupación disfrazada". Según una estimación, había en esa época, por ejemplo, alrededor de 400.000 desocupados, de una fuerza laboral de unos 3.293.000 trabajadores⁽⁶⁴⁾. Por otra parte, el país que más comerciaba con la Argentina parecía estar en mejores condiciones económicas que su primo del Norte de este hemisferio. Inglaterra, no obstante los notorios apuros que sufrió su economía en el aspecto humano, experimentó una caída en la producción industrial de apenas el 16 % durante la Gran Depresión, en comparación con el 47 % que acusó Estados Unidos. Dicho sea de otro modo, la Unión registró más de la mitad de la declinación del mundo entero⁽⁶⁵⁾.

Las medidas adoptadas por el segundo gobierno de Yrigoyen para mitigar el impacto de la depresión sobre la Argentina fueron esencialmente defensivas. Con la caída de los ingresos por exportaciones de cereales y carnes, las reservas de oro de la nación comenzaron a fluir hacia el exterior para pagar las importaciones, cuyo precio no bajaba tanto ni tan rápidamente como el de los productos primarios⁽⁶⁶⁾. Para proteger las reservas que le quedaban, el gobierno argentino abandonó el patrón oro el 16 de diciembre de 1929, más de tres años antes de que el gobierno norteamericano tomara la misma decisión⁽⁶⁷⁾. Lamentablemente, el anciano presidente Yrigoyen ya no estaba en condiciones físicas de ejercer su autoridad natural. La acción de subordinados rapaces y una burocracia grande en número y pequeña en eficiencia⁽⁶⁸⁾

(63) La Depresión de 1857 constituye un ejemplo más antiguo. Durante el verano de ese año una ola de pánico originó una pronunciada fiebre vendedora en el mercado accionario de Nueva Yorke e inició un breve pero agudo retroceso en la economía norteamericana, muy especialmente en los Estados industriales del Nordeste, en tanto que los sureños apenas resultaron tocados. Como en el caso de la Argentina a fines del siglo XIX y a principios del siglo XX, la prosperidad de los Estados del Sur norteamericano en el período ante bellum, se derivaba de las exportaciones de materias primas (algodón) a Inglaterra.

(64) "La desocupación nacional, estima la Unión Industrial, alcanzó a 400.000 personas", señala JAVIER VILLANUEVA en su capítulo titulado *Aspectos de la estrategia de la industrialización argentina*; TORCUATO S. DI TELLA y TULLIO HALPERÍN DONGHI (eds.), *Los fragmentos del poder: de la oligarquía a la poliarquía argentina* (Jorge Alvarez: Buenos Aires, 1969), pág. 340. Según estadísticas citadas por Alberto Ciria, la distribución ocupacional de la población argentina era la siguiente en 1930: en el sector industrial, 2.156.000; en el sector agrícola, 1.137.000. Eso sumaba una fuerza laboral total de 3.293.000, de los cuales alrededor de 400.000 estaban desocupados, o sea un 12 por ciento, aproximadamente. De acuerdo con un censo del Departamento Nacional del Trabajo, la desocupación en la Argentina representaba sólo el 5 por ciento del total ocupado. *Ibid.*, pág. 336, cita. Por vía comparativa, es de recordar que en Estados Unidos entre un cuarto y un tercio de la fuerza laboral no tenía empleo en 1932, y en algunas ciudades industriales el porcentaje ocioso llegaba al 40 por ciento.

(65) LEUCHTENBURG, *loc. cit.*, pág. 326.

(66) WALTER M. BEVERAGGI ALLENDE, *El servicio del capital extranjero y el control de cambios: La experiencia argentina de 1900 a 1943* (Fondo de Cultura Económica: México-Buenos Aires, 1954), págs. 44 y 107.

(67) JORGE A. DIFRIERI, *Moneda y bancos en la República Argentina* (Abeledo Perrot: Buenos Aires, 1967), pág. 179. "Ese paso era bastante convencional, pero hacía largo tiempo que los intereses agropecuarios esperaban que fuera dado más liberalmente como medio de reducir sus costos laborales", según un distinguido estudioso canadiense. El motivo era simple: "Pagar la mano de obra y los materiales en papel moneda y vender el producto de esa mano de obra al extranjero por oro, o divisas respaldadas por oro, era una vieja tradición [...] que congeniaba mucho con ellos". FERNS, *op. cit.*, pág. 157.

(68) GEORGE PENDLE, *Argentina*, 2ª edición (Oxford: Londres, 1961), págs. 71-72.

determinó que el gobierno nacional se embarcara en peligrosos déficits. Mientras que los ingresos bajaron en un 10 por ciento entre 1928 y 1930, las erogaciones subieron un 22 por ciento en el mismo período. Empréstitos internos y externos aliviaron la situación, pero los servicios sobre la deuda externa (pagaderos en oro) agravaron la balanza internacional de pagos del país⁽⁶⁹⁾.

El 8 de setiembre de 1930 prestaba juramento el gobierno provisional del general José Félix Uriburu desde los balcones de la Casa Rosada ante una gran multitud reunida en la histórica Plaza de Mayo. Estimulado por los aplausos que saludaban su arenga, el general salteño preguntó aparatosamente a su multitudinaria audiencia: "¿Juráis por Dios y por la Patria ser fieles a las autoridades que vosotros mismos os habéis impuesto?" Un atronador "¡Sí!" pronunciado por millares de voces entusiasmadas dio su aprobación al insólito plebiscito⁽⁷⁰⁾. Menos de un mes después el presidente provisional reveló por primera vez públicamente su plan tendiente a convertir a la democrática Argentina en un Estado corporativo jerárquico con él mismo como jefe supremo⁽⁷¹⁾. La reacción fue abrumadoramente hostil, no sólo por parte de la población civil, sino también por las Fuerzas Armadas, particularmente la poderosa facción rival que acaudillaba el general Agustín P. Justo⁽⁷²⁾.

Casi desde el principio pues, tuvo que aceptar Uriburu la presencia de fuerzas que contrapesaban sus designios, limitaban su libertad de acción y, en último término, lo apartaron del poder⁽⁷³⁾. Esos grupos pronto se unieron para formar la Concordancia, que dominó el escenario político argentino desde 1931 hasta la revolución de 1943. Fue un movimiento que reclutó adherentes principalmente de los sectores conservadores, independientemente de su anterior filiación política, porque el propósito esencial de la coalición era proteger los intereses de las tradicionales élites agropecuaria y comercial⁽⁷⁴⁾. El resultado neto fue la restauración del viejo tipo de economía anterior a la Primera Guerra Mundial, basada en el comercio exterior y las inversiones extranjeras, siempre con Gran Bretaña como mejor cliente y principal fuente de capitales. Sin embargo, la Gran Depresión obligó a la Concordancia a admitir algunas innovaciones de corte más bien avanzado. El gobierno provisional naciona-

(69) RICARDO M. ORTIZ, "El aspecto económico-social de la crisis de 1930", *Revista de Historia*, N° 3 (1er trimestre de 1958), pág. 71.

(70) *Revolución del 6 de setiembre de 1930, Crónica argentina*, N° 75.

(71) RODOLFO PUIGGRÓS, *La democracia fraudulenta* (Jorge Alvarez: Buenos Aires, 1968), págs. 44 y 45; NAVARRO GERASSI, *op. cit.*, págs. 72 y 73. Ambos autores citan pasajes claves del manifiesto de Uriburu del 1º de octubre de 1930.

(72) Basando sus conclusiones en los criterios de SERGIO BAGÚ, JOSÉ LUIS ROMERO y CARLOS IBARGUREN, ALBERTO CIRIA divide los elementos que promovieron el golpe del 6 de setiembre en dos categorías. La primera es "la línea Uriburu, minorista dentro del conjunto, vinculada muy directamente con la agitación nacionalista [...] Son admiradores de Mussolini y Primo de Rivera [...] y pretenden aplicar un programa de reformas de tinte corporativo [...] [Procuran] la reorganización mediante un régimen dictatorial". La segunda es "la línea Justo-Sarobe, que comprende a la mayoría de la oficialidad interviniente, tiene vinculaciones notorias con los políticos de centro-derecha: conservadores, radicales antipersonalistas y socialistas independientes". *Op. cit.*, pág. 19.

(73) ROBERT A. POTASH, *The Army and Politics in Argentina, 1928-1945: Irigoyen to Perón*, Stanford University Press: Stanford California, 1969, pág. 60.

(74) FERNS, *op. cit.*, pág. 160. "Este sector responde de preferencia a los intereses de la burguesía terrateniente y de varios estratos de la clase media urbana [...]", como dice Ciria, observando que "finca su triunfo [...] en elecciones posteriores [...] fueron libres o no". *Op. cit.*, pág. 19.

lista de Uriburu tuvo que poner en práctica algunas de esas iniciativas y elaborar otras que eventualmente fueron ejecutadas por el gobierno sucesor de Justo, no obstante la existencia de una política general que reforzaba el tradicional rol de la Argentina como satélite económico del Reino Unido.

A pesar de la frustración de sus designios políticos y de la obvia necesidad de tener cautela con el presupuesto militar⁽⁷⁵⁾, el general Uriburu al menos comenzó a poner la casa en orden en el plano financiero durante los dieciocho meses que duró su gestión presidencial⁽⁷⁶⁾. Las economías realizadas en los gastos gubernamentales⁽⁷⁷⁾ redujeron el desequilibrio presupuestario de 328,4 millones de pesos (moneda papel) a sólo 27,4 millones entre 1930 y 1932⁽⁷⁸⁾. Los pasos que dio —que se enumeran más abajo— transformaron un déficit de 117 millones de pesos en el comercio internacional en 1930 a un saldo favorable de 57 millones al año siguiente⁽⁷⁹⁾.

En compatibilidad con su admiración de las realizaciones de Mussolini en Italia, la efímera gestión de Uriburu desplegó inequívocas señales de nacionalismo económico. Mediante la industrialización, pensó en diversificar y reforzar la economía de la nación. Disminuyendo la peligrosa dependencia de los mercados extranjeros para absorber las exportaciones de productos primarios y contar con las necesarias importaciones de manufacturas y mercancías diversas⁽⁸⁰⁾, el general esperaba emancipar al país de su humillante relación neocolonialista con Gran Bretaña⁽⁸¹⁾.

(75) No obstante versiones más bien antojadizas en contrario, el régimen de Uriburu hizo algunos cortes en el presupuesto de las FF.AA. en términos absolutos: unos 13 millones de pesos para 1931. En términos relativos, el porcentaje de gastos militares subió algo: del 18,6 por ciento en 1930 al 20 por ciento en 1931. Aunque el presidente provisional redujo los gastos gubernamentales a su más bajo nivel desde 1928, no utilizó la tijera en los ministerios militares tanto como los demás. POTASH, *op. cit.*, págs. 34 y 63.

(76) Gracias a la Primera Guerra Mundial, los saldos comerciales a favor de Argentina hasta 1920 excedieron los 165 millones de pesos oro de promedio anual con respecto a la balanza de pagos internacionales. En cambio, ese promedio declinó a 90 millones de pesos oro entre 1921 y 1929. Mientras tanto, el balance de transacciones en servicios se tornó aún más adverso, y los déficit anuales se elevaron a un promedio de 210 millones de pesos oro durante la época del 20. "De no haber sido por la reiniciación del proceso de inversiones extranjeras en Argentina durante los años veinte —señala Walter M. Beveraggi Allende—, dicho país hubiera tropezado con dificultades muy grandes para equilibrar sus cuentas internacionales y estabilizar el valor del peso". *Op. cit.*, págs. 96-97.

(77) *Crónica, loc. cit.*, pág. 346.

(78) BEVERAGGI ALLENDE, *op. cit.*, pág. 160.

(79) *Ibid.*, pág. 51.

(80) La Gran Depresión habría de enseñarle a la Argentina una lección bastante dura en este sentido. "La crisis mundial influyó en el volumen de las exportaciones argentinas, pero mucho más fuerte en los términos del intercambio —ha observado ALDO FERRER—. La caída de los precios internacionales de los productos agropecuarios fue mucho más pronunciada que la de los bienes manufacturados y otros bienes importados por el país [...]". Entre tanto, la deflación en Europa y en Estados Unidos redujo el flujo de inversiones extranjeras, pero las remesas de utilidades e intereses sobre los capitales foráneos radicados en el país superaron los altos niveles de los últimos años de la década del veinte. "Como consecuencia del efecto concurrente de estos factores en el quinquenio 1930-34 —concluye FERRER— la capacidad de importar del país fue sólo del 46 % de lo que había sido en 1925-29". *Op. cit.*, págs. 187.

(81) "Era como si, mucho tiempo antes de la Guerra Civil el Sur hubiera emergido como área dominante y única de la expansión de Estados Unidos —explica un estudioso norteamericano de la Historia Argentina— con su capital en Savannah o en Charleston y una economía basada totalmente en el algodón exportado a las hilanderías británicas y una oligarquía compuesta de hacendados y comerciantes". JAMES R. SCOBIE, *Argentina: A City and a Nation* (Oxford: Nueva York, 1964), pág. 222.

Tanto su política petrolera como la arancelaria ilustran las fuertes tendencias nacionalistas de Uriburu. Si bien no fue tan lejos como Lázaro Cárdenas en Méjico iría varios años después con la expropiación de las concesiones petroleras foráneas, Uriburu, no obstante la conspicua simpatía de su gabinete por las compañías extranjeras que operaban en la Argentina⁽⁸²⁾, rehusó derogar decretos anteriores por los cuales se reservaban extensas áreas petroleras para YPF, el ente petrolero estatal creado durante el primer período presidencial de Hipólito Yrigoyen⁽⁸³⁾. Además, Uriburu sumó todo el territorio de Tierra del Fuego a las concesiones de YPF, dispuso asignar fondos para la construcción de refinerías y plantas de almacenaje y se negó a unirse a los monopolios internacionales en las maniobras para la elevación de precios⁽⁸⁴⁾.

Para reducir las importaciones y ahorrar divisas extranjeras, como así para incrementar los ingresos fiscales⁽⁸⁵⁾ pero también para promover el desarrollo de industrias domésticas, Uriburu elevó los derechos aduaneros en un 10 por ciento uniforme para todas las categorías⁽⁸⁶⁾. De acuerdo con un informe posterior del agregado comercial británico en Buenos Aires, "el aumento general de los derechos aduaneros que tuvo lugar en 1931 [...] estimuló la industria manufacturera local de una gran cantidad de productos que anteriormente se importaban"⁽⁸⁷⁾. En tanto que las grandes empresas dedicadas a la industria de productos alimenticios (azúcar, frigoríficos y vinos) se mantuvieron virtualmente las mismas —tanto en número de firmas como en monto de capitales—, se registró un notable aumento en los campos de luz y fuerza, petróleo y textiles⁽⁸⁸⁾.

Un rasgo fundamental de la política económica del régimen de Uriburu fue el mantenimiento del crédito internacional argentino. El pago puntual de la deuda externa había sido una característica distintiva de las relaciones ex-

(82) "El ministerio, intelectual y socialmente, no puede ser mejor —escribió el biógrafo de Yrigoyen más leído—, pero llama la atención que tres de los ocho ministros están vinculados a las compañías extranjeras de petróleo, y todos, salvo dos o tres, a diversas empresas capitalistas europeas o yanquis". MANUEL GÁLVEZ, *Vida de Hipólito Yrigoyen* (Buenos Aires, 1939), citado por CIRIA, *op. cit.*, pág. 22.

(83) Creado por decreto nacional del 3 de julio de 1922, Yacimientos Petrolíferos Fiscales sufrió toda clase de embates políticos, económicos e ideológicos durante casi medio siglo. Según un autor "nació de una doble inspiración: la del gobierno nacionalista popular y la del sector militar que profesaba el nacionalismo económico". PUIGGRÓS, *Democracia fraudulenta*, pág. 219; cita la opinión del general Enrique Mosconi, primer presidente de YPF (1922-30): "no queda otro camino a adoptar que el monopolio del Estado [...], es decir, en todas las actividades de esta industria la producción, la elaboración, el transporte y el comercio [...] sin monopolio es imposible para un organismo del Estado vencer en la lucha comercial las organizaciones del capital privado". *Ibid.*, pág. 221.

(84) WHITAKER, *op. cit.*, pág. 88.

(85) Para consultar interesantes detalles de las tarifas arancelarias argentinas durante las presidencias radicales de Yrigoyen y Alvear véase VILLANUEVA, *loc. cit.*, págs. 328-30. Y citas.

(86) DIFRIERI, *op. cit.*, pág. 185. El autor de una difundida monografía sobre la economía argentina calculó que "el 10 por ciento adicional [...] por sí solo abarca los dos tercios de la recaudación aduanera", después de 1931. ADOLFO DORFMAN, *Evolución industrial argentina* (Losada: Buenos Aires, 1942), citado por CIRIA, *op. cit.*, pág. 48.

(87) Citado por JOSÉ PANETTIERI, *Síntesis histórica del desarrollo industrial argentino* (Macchi: Buenos Aires, 1969), pág. 74.

(88) *Ibid.*, pág. 87. Comparadas con las cifras de 1929, las de 1937 son todavía más impresionantes. El capital invertido en la industria petrolera se había casi duplicado, y el invertido en energía eléctrica se había quintuplicado.

teriores del país durante más de dos generaciones⁽⁸⁹⁾, en el entendimiento de que una reputación intachable en tal sentido atrae al capital extranjero para desarrollar los ingentes recursos físicos del país. Hasta el pánico de Wall Street esta política rindió muchos frutos⁽⁹⁰⁾. Las inversiones extranjeras crecieron de 1.120 millones de dólares en 1900 a 3.474 millones en 1927⁽⁹¹⁾. Tales inversiones se habían traducido concretamente en el mejor sistema ferroviario de América Latina —y uno de los mejores en todo el mundo—, elevadores de granos, frigoríficos, puertos y otras instalaciones que permitieron a la Argentina convertirse en uno de los principales países exportadores de carnes y granos⁽⁹²⁾. Para afrontar los requerimientos de la deuda exterior, pagadera en oro, el gobierno se vio forzado a apelar a las reservas que el país tenía del precioso metal. Así fue como las reservas de oro bajaron en un 40 por ciento entre 1930 y 1931⁽⁹³⁾. Aunque el papel moneda ya no era convertible a oro dentro del país, todavía debía tener algún respaldo en oro para mantener su valor con respecto a importantes divisas como la libra esterlina, el franco francés y el dólar norteamericano. Los bancos centrales del exterior, como el Sistema de la Reserva Federal en EE.UU. y el Banco de Inglaterra, respaldaban su numerario con documentos comerciales y títulos nacionales que les permitían reducir la proporción de oro de respaldo de los billetes que emitían. Esta práctica, en la forma en que se aplicaba, permitía que la circulación fiduciaria se expandiera y se contrajera de conformidad con las necesidades estacionales de los sectores comerciales y financieros. La ausencia de un banco central privaba así a la Argentina de un circulante más flexible en momentos en que la presión sobre las reservas de oro del país crecía en forma alarmante.

A medida que disminuían las reservas, también bajaba la disponibilidad de dinero, con el consiguiente efecto deflacionario sobre la economía argentina. Para afrontar la amenaza, el general Uriburu sacó a relucir la Ley de Redescuento, una medida de emergencia de la Primera Guerra Mundial que

(89) Se remonta a 1857, cuando el gobierno de la provincia de Buenos Aires comenzó a devolver el préstamo de la Baring Brothers —firma bancaria británica— efectuado en 1824. FERNES, *op. cit.*, págs. 161-62. De tal modo justamente cuando los argentinos trataban de restaurar su crédito internacional reanudando los pagos de una deuda antigua, los norteamericanos entraban en su más severa crisis económica que hasta entonces había tenido el país. Cf. *supra*, cita n° 63.

(90) Según la teoría económica corriente, era esa la vía más rápida para el desarrollo de los países en la primera etapa de su crecimiento. En realidad, Estados Unidos mismo era todavía una Nación deudora en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Un profesor argentino de economía política destaca que "las inversiones del interior fueron uno de los instrumentos más utilizados para el desarrollo económico de los países de economía primaria durante el siglo pasado y en el presente hasta la crisis mundial". PORTNOY, *op. cit.*, pág. 163.

(91) A pesar de la depresión económica las inversiones extranjeras registraron en 1931 un nivel más alto (3.661 millones de dólares) que en 1927, debido principalmente a un aumento de los capitales norteamericanos de 487 a 684 millones de dólares. Los inversores británicos habían aumentado su participación solamente en 24 millones, pero dominaban todavía la escena argentina con un total de 2.026 millones de dólares. *Ibid.*, pág. 164.

(92) Cf. BEVERAGGI ALLENDE, *op. cit.*, pág. 48 y 49. De las cifras publicadas por la Dirección Nacional de Estadísticas y Censos (Anuario Estadístico y "Comercio Exterior"), parece que las exportaciones de cereales subieron más del triple entre los períodos 1900/04 y 1925/29. Reproducido en ISMAEL VIÑAS y EUGENIO GASTIAZORO, *Economía y dependencia: 1900-1968*, (Carlos Pérez: Buenos Aires, 1968), pág. 23.

(93) De 425,7 millones a 260,8 millones de pesos oro. DIFRIERI, *op. cit.*, pág. 179.

nunca había sido puesta en práctica⁽⁹⁴⁾. Por aquella ley el Banco de la Nación quedaba autorizado a redescantar papeles comerciales cuyo vencimiento no excediera 180 días en su Caja de Conversión. De 1931 a 1935, cuando el flamante Banco Central de la República Argentina asumió esta función, la Caja de Conversión aceptó más de 4.500 millones de pesos (papel moneda) en documentos comerciales y otras garantías que le entregaban los bancos del país, a cambio de los cuales emitía papel moneda. El remedio del redescuento alivió considerablemente la presión en el mercado monetario interno, dándole un mayor grado de independencia de las fluctuaciones cambiarias extranjeras y de los desequilibrios en la balanza internacional de pagos de la Argentina⁽⁹⁵⁾.

Hasta ese punto, el gobierno de Uriburu había tratado de seguir un plan dual: primero, mantener un servicio puntual de la deuda pública externa; segundo, respaldar el dinero circulante, para que no se requirieran grandes sumas de pesos depreciados para los pagos de la deuda externa. La Ley de Redescuento "salvó al país del colapso total", según una autoridad⁽⁹⁶⁾. Los esfuerzos para estabilizar el peso en términos de sus equivalentes en divisas libremente convertibles en oro fueron menos fructíferos. Las malas cosechas, los precios más bajos en los mercados mundiales para las exportaciones argentinas, la incertidumbre política que siguió a la caída de Yrigoyen y una sustancial reducción de las inversiones de capitales extranjeros después del pánico de Wall Street (tanto directas como de cartera) asestaron nuevos golpes al tambaleante peso. Las demandas sobre el oro atesorado en franca merma eran muy grandes. En abril de 1932 cuando el Banco de la Nación tuvo que retirarle su respaldo al peso en el mercado internacional de cambios para contener el drenaje de las reservas de oro del país, la moneda argentina cayó en un 40 por ciento contra la libra esterlina⁽⁹⁷⁾.

(94) Esta era una de las llamadas Leyes de Emergencia de agosto y setiembre de 1914, por las que se suspendía la convertibilidad del papel moneda en oro e imponía un embargo a todas las eventuales salidas de oro del país. Las facultades de emergencia que acordaba la Ley de Redescuento nunca habían sido invocadas antes, según BEVERAGGI ALLENDE, debido a "el fuerte prejuicio contra cualquier política que pudiera haber llevado eventualmente a una emisión excesiva de papel moneda, similar a las que habían tenido lugar con tanta frecuencia en el pasado y que estaban aún presentes en el recuerdo del público". *Op. cit.*, pág. 35. Esta política reflejaba la creciente influencia de los elementos financieros y comerciales que, a diferencia de los intereses agropecuarios (Cf. *supra*, cita n° 67), preferían una moneda sana y relativamente estable. Durante un período de 50 años (1828-78), por ejemplo el peso oro (27,06 gramos del metal precioso) bajó de 50 a 5,12 después de reformas monetarias, el peso papel estuvo a la par con el peso oro en 1883. Desde entonces bajó a 3,57 en 1894, pero subió nuevamente a 2,27 en 1913. RAFAEL OLARRA JIMÉNEZ, *Evolución monetaria argentina* (Eudeba, Buenos Aires, 1968), págs. 181-83.

(95) BEVERAGGI ALLENDE, *op. cit.*, pág. 110.

(96) DIFRIERI, *op. cit.*, pág. 182.

(97) BEVERAGGI ALLENDE, *op. cit.*, pág. 109-110. Citando a un ministro de Economía —Roberto Alemann— y a otros autores, OLARRA JIMÉNEZ asevera que la política arancelaria norteamericana jugó "un papel decisivo en la crisis del año 1930 en la Argentina". Cuando Estados Unidos reemplazó a Gran Bretaña como principal centro financiero del mundo y fuente de inversiones de los capitales después de la Primera Guerra Mundial, según este razonamiento, no adoptó la política compensatoria de los ingleses por la cual el oro que fluía a Londres pronto salía nuevamente. Pero en la década del 20 la mayor parte del oro que iba de Europa hacia Estados Unidos "recorría un camino sin retorno", porque Estados Unidos "sostenía políticas de autarquía económica y de proteccionismo extremo que se acentuaba después del famoso 'jueves negro' de Wall Street". *Op. cit.*, págs. 73-74.

Gracias al abandono por Gran Bretaña del patrón oro en setiembre del mismo año, el peso argentino escaló nuevamente posiciones más favorables en relación con la libra⁽⁹⁸⁾. Como se ha visto más arriba, Estados Unidos y Francia ni siquiera pensaron en devaluar sus monedas. En teoría, eso debió haber estimulado las exportaciones argentinas a ambos países. Como el dólar y el franco, respaldados por el oro, valían a sazón más en pesos depreciados, las importaciones de la Argentina debieron haber resultado más baratas a esos países que antes de 1929. Lamentablemente, ninguno de los dos países había mostrado vez alguna mucho interés en los cereales y las carnes argentinas⁽⁹⁹⁾. En lo que atañe a los Estados Unidos, con sus grandes excedentes agrícolas y los precios ruinosos a que debían vender su producción los agricultores, no tenía sentido importar esos rubros de la Argentina, aun sin la ley arancelaria Hawley-Smoot. Inglaterra, el mercado tradicional para las principales exportaciones y ejercía un efecto proteccionista sobre el mercado interno del Reino Unido.

Hasta entonces, los gobiernos argentinos habían basado en parte sus programas económicos en la presuposición de que el mayor cliente del país pagaría siempre por sus compras en oro o en divisas libremente convertibles en ese metal. Al presentársele esta situación de tipos de cambio fluctuantes, el gobierno de Uriburu, desencantado con la nueva política monetaria de Gran Bretaña, decidió imponer controles cambiarios⁽¹⁰⁰⁾. Fue una decisión que ejercería gran influencia en el futuro desarrollo económico del país.

El 10 de octubre de 1931, el presidente decretó la creación de la Comisión de Control de Cambios⁽¹⁰¹⁾. Su principal objetivo fue evitar una mayor depreciación del peso, que naturalmente elevaría el costo de los servicios de la deuda externa. Dado el deseo gubernamental de preservar su prestigio crediticio internacional, no debe extrañar la inferencia de un prominente economista en su análisis de la época: "Tenemos que aceptar que no había otra posibilidad que detener la depreciación del peso y racionar las divisas"⁽¹⁰²⁾. Actuando a través del sistema bancario del país, la Comisión de Control se apropió de todas las divisas recibidas por las ventas de productos argentinos al exterior. Para obtener los certificados de embarque, los exportadores debían cambiar sus ingresos del exterior por pesos a un tipo cambiario ligeramente inferior al valor internacional de la moneda argentina en aquel tiempo⁽¹⁰³⁾.

(98) BEVERAGGI ALLENDE, *op. cit.*, pág. 111.

(99) En relación con el dólar norteamericano, el peso argentino cayó de 2,73 en 1930 a 3,45 el año siguiente y a 3,88 en 1932. Cuando Roosevelt devaluó el dólar en 1933, subió a 3,23. OLARRA JIMÉNEZ, *op. cit.*, pág. 183. La verdadera erosión del peso comenzó después de la Segunda Guerra Mundial, cuando se deterioró casi 100 veces su valor: de 4,04 a 400 entre 1945 y 1970. Hacia 1932 —observa FRANK FREIDEL— "los precios que alcanzaron los granos en el mercado mundial habían llegado al punto más bajo desde la época de la Reina Isabel I". FRANK FREIDEL, *Estados Unidos*, I, página 536.

(100) DIFRIERI, *op. cit.*, pág. 182-84.

(101) En verdad la Argentina no hacía más que seguir la corriente de otras naciones en cuanto a esos problemas. Después del abandono de Inglaterra del patrón oro, por ejemplo, "24 países implantan el control de cambios antes que la Argentina". OLARRA JIMÉNEZ, *op. cit.*, pág. 74.

(102) BEVERAGGI ALLENDE, *op. cit.*, pág. 167.

(103) DIFRIERI, pág. 186, y FERNS, *op. cit.*, pág. 161. La escasez de dólares presentaba un problema muy serio. Los préstamos privados contratados en Estados Unidos entre 1923 y 1928 requerían unos 20 millones de dólares anuales entre amortizaciones

La distribución de las divisas disponibles se hacía de acuerdo con una lista de prioridades establecida por la Comisión de Control. La más alta prioridad se reservaba para cubrir los requerimientos del gobierno (en los órdenes federal, provincial y municipal), dándose la primera precedencia al servicio de la deuda externa. En segundo lugar venían las materias primas para las las industrias nacionales, combustibles y bienes de consumo indispensables. En tercer lugar se consideraban las remesas de inmigrantes a sus países de origen⁽¹⁰⁴⁾, las remesas a argentinos residentes en el extranjero y gastos de viajeros⁽¹⁰⁵⁾. Venían luego los artículos no esenciales y, finalmente, la cancelación o amortización de débitos comerciales⁽¹⁰⁶⁾.

El efecto general de esos controles, que se mantuvieron en vigor (con ocasionales modificaciones) durante toda la Gran Depresión, fue benéfico⁽¹⁰⁷⁾. Por lo pronto, la Argentina continuó siendo una de las pocas naciones del mundo que no se vieron en la necesidad de suspender definitiva o transitoriamente los pagos de sus deudas externas durante la crítica década del 30. Estos países eran miembros de un "club" exclusivo y costoso.

Tales grandes potencias industriales como Gran Bretaña, Francia y Alemania tuvieron que suspender sus pagos, como ya se indicó⁽¹⁰⁸⁾. También, podría argumentarse que a la Argentina le resultaron demasiado pesadas las cuotas del dicho "club" prestigioso. Es concebible que el repudio directo o reducciones sucesivas de sus deudas a los acreedores extranjeros a la larga le hubiera reportado a la Argentina mayores beneficios⁽¹⁰⁹⁾. Los pagos que

e intereses. En una Memoria posterior, el Ministerio de Hacienda confesó que durante los primeros años de la década del 30 esa carga gravitó "fuertemente en nuestra balanza de pagos hasta tal punto queú *durante ciertos años el total de nuestros ingresos de dólares por las exportaciones a los Estados Unidos no alcanzaban a cubrirlos*". Citado por BEVERAGGI ALLENDE, *op. cit.*, pág. 161.

⁽¹⁰⁴⁾ De 1821 a 1832 la Argentina absorbió 6.405.000 inmigrantes de ultramar, lo que la colocó en ese sentido en un distante segundo lugar detrás de Estados Unidos (32.244.000), pero delante de Canadá (5.206.000), Brasil (4.431.000) y Australia (2.913.000). La inmigración fue particularmente numerosa durante las primeras tres décadas del siglo XX y decayó durante la gran depresión. La gran mayoría vino de Italia (1900-10, 45 %; 1911-20, 12 %; 1921-30, 42 %; 1931-40, 43 %) y España (1900-10, 45 %; 1911-20, 68 %; 1921-30, 26 %). La inmigración polaca se tornó importante después de la Primera Guerra Mundial (1921-30, 13 %; 1931-40, 58 %). GINO GERMANI, *Política y sociedad en una época de transición: De la sociedad tradicional a la sociedad de masa* (Paidós: Buenos Aires, 1965), págs. 182, 184 y 198.

⁽¹⁰⁵⁾ No pocos argentinos acaudalados pasaban temporadas en Francia. Uno de los más conspicuos era el ex presidente Marcelo T. de Alvear (1922-28), "símbolo de una Argentina afrancesada cuyo corazón pertenecía a París", RENNIE, *op. cit.*, págs. 220-21.

⁽¹⁰⁶⁾ BEVERAGGI ALLENDE, *op. cit.*, págs. 156-57.

⁽¹⁰⁷⁾ Véase DIFRIERI, *op. cit.*, págs. 193-202; OLARRA JIMÉNEZ, *op. cit.*, Cap. III; BEVERAGGI ALLENDE, *op. cit.*, Cap. IX.

⁽¹⁰⁸⁾ Principalmente porque Estados Unidos insistía en seguir una política estrecha de nacionalismo económico, como se explica más arriba en relación con el gobierno de Hoover.

⁽¹⁰⁹⁾ Hacia 1932, por ejemplo, predominaba en la opinión pública norteamericana una corriente favorable a la prórroga adicional y/o reducción de las deudas europeas, o bien su cancelación lisa o llana. En cuanto a América Latina, para citar sólo dos casos los gobiernos nacionalistas de Brasil y México se negaron a seguir manteniendo los servicios por sus deudas extranjeras en la década del 30. Ambos gobiernos no sólo se salieron con la suya, sino que se beneficiaron con importantes programas de ayuda auspiciados por el gobierno de Estados Unidos en el decenio siguiente. ROLLIE E. POPPINO, *Brasil: The Land and the People* (Oxford: Nueva York, 1968), págs. 255-74, *Pássim*. HOWARD F. CLINE, *The United States and Mexico* (Atheneum: Nueva York, 1963),

efectuó en oro por un valor promedio de 190 millones de pesos anuales entre 1932 y 1935⁽¹¹⁰⁾ habrían estado mejor empleados para el desarrollo interno de la Nación.

La virtud no siempre carece de premio y el mal no siempre queda sin castigo. A pesar de la astringencia crediticia en Europa y Estados Unidos, los inversionistas interesados en el exterior siguieron considerando a la Argentina como uno de los mercados de capitales más respetables durante el decenio del 30⁽¹¹¹⁾. Alrededor del 75 por ciento de las inversiones extranjeras en la industria argentina (el 25 por ciento restante está constituido solamente por los rubros de alimentos y bebidas) fueron realizadas después de 1930⁽¹¹²⁾. Consistieron principalmente en industrias livianas de productos de consumo en campos tan diversos como el químico (productos químicos, farmacéuticos y de tocador; neumáticos y otros artículos de goma), metales, textiles, artículos eléctricos, cemento y tabaco⁽¹¹³⁾. Estas industrias, orientadas al consumo, ahorraron un considerable caudal de divisas. Al finalizar la Segunda Guerra Mundial la Argentina virtualmente se autoabastecía en este sector de su economía⁽¹¹⁴⁾.

págs. 271-78, 286-87. Como declaró el primer mandatario mexicano, Abelardo Rodríguez, en su informe presidencial del 1 de setiembre de 1933, "Dentro del presente programa, no cabe ni puede haber la idea de iniciar la restauración y el servicio de la deuda pública federal —al menos, mientras perdure la crisis— con desembolsos [...] de efecto desquiciador inevitable, tanto sobre el erario como sobre toda la economía nacional". Citado por JAN BAZANT, *Historia de la deuda exterior de México, 1823-1946* (El Colegio de México: México, 1968), págs. 211-12. En 1942, los tenedores de títulos del gobierno mexicano con un valor nominal de 274.669.270 dólares e intereses arrastrados desde 1914 por un monto de 278.884.248 dólares, se avinieron a aceptar por todo 49.560.750 dólares, vale decir, menos de diez centavos por cada dólar. Cuatro años más tarde, los tenedores de bonos ferroviarios mexicanos tuvieron que llegar a un arreglo similar: 50.509.630 dólares en cancelación de más de 500 millones de dólares (259.224.106 dólares en capital y 324.491.996 en intereses devengados). *Ibid.*, págs. 221 y 225. Además, como observa CHARLES CUMBERLAND, a mediados de la década del 60 "México se había convertido en uno de los lugares favoritos para invertir por los norteamericanos, cuyas tenencias directas superaba los mil millones de dólares", de los cuales dos tercios estaban colocados en industrias manufactureras. México: *The Struggle for Modernity* (Oxford: Nueva York, 1968), pág. 319.

⁽¹¹⁰⁾ BEVERAGGI ALLENDE, *op. cit.*, pág. 177.

⁽¹¹¹⁾ En 1934, por ejemplo, el total de las inversiones foráneas en la Argentina era todavía levemente mayor que en 1927, pero la composición había cambiado. La participación de los ingleses había bajado durante el septenio de 57,6% al 50,3%, en tanto que la participación norteamericana había subido del 13,9% al 22,2%. PORTNOY, *op. cit.*, págs. 164-65. Tomando todos los factores en consideración, quizás la decisión argentina de preservar su prestigio como país cumplidor de sus compromisos era la correcta, a juzgar por la importancia que adquirió Buenos Aires como mercado de capitales en aquella época, opina FERNS, *op. cit.*, pág. 162.

⁽¹¹²⁾ PANETTIERI, *op. cit.*, pág. 82.

⁽¹¹³⁾ He aquí algunas de las principales empresas internacionalmente famosas que radicaron capitales en la Argentina después de 1929: Coty (1934), Elizabeth Arden (1935), Lever Bros. (1933), Fleischmann Arg. Inc. (1934), Química Merck (1930), Johnson & Johnson (1931), Goodyear (1930), Firestone (1931), Michelin (1934), Dunlop (1935), Dupont de Nemours (1932), Corn Products Refining Co. (Refinerías de maíz) (1933), St. Joseph Lead (1933), National Lead Co. (1935), Armco (1933), Frigidaire (1934), Duperial (1936), Philips (1934), Union Carbide (1936), General Electric (1936), y R.C.A. Víctor (1931). *Ibid.*, págs. 82-85. El autor basa su lista en un trabajo anterior de DORFMAN más exhaustivo. (Cf. *supra*, cita 86).

⁽¹¹⁴⁾ "A fines de la década de 1940 [...] la totalidad de la sustitución de importaciones de bienes de consumo y de productos intermedios y bienes de capital sencii-

Además de defender el peso⁽¹¹⁵⁾ —lo que facilitaba el pago puntual de la deuda externa y, como consecuencia, atraía más capital foráneo al país—, la Comisión de Control promovió el desarrollo industrial de otras maneras. Las industrias nacionales que requerían materias primas y combustibles del extranjero gozaban de prioridad en segundo término en cuanto a divisas, mientras que los importadores de manufacturas no esenciales eran relegados a la anteúltima categoría. La prioridad más baja determinó una reducidísima disponibilidad de divisas para las deudas comerciales al exterior y también desalentó a los exportadores extranjeros de mercaderías no esenciales debido a la incertidumbre sobre cuándo podrían pagarles los importadores argentinos.

El sistema de control cambiario tuvo otro resultado beneficioso. Las limitaciones a las remesas al exterior de las ganancias e intereses obtenidos en el país promovieron la reinversión de esos fondos en él. El nivel de tales remesas se mantuvo relativamente estable después de 1931, no obstante las grandes fluctuaciones en la balanza internacional de pagos de la Nación⁽¹¹⁶⁾.

Otra innovación significativa del régimen de Uriburu tuvo también consecuencias de largo alcance sobre el curso del desarrollo económico argentino: una serie de comisiones y juntas autárquicas que representaban tanto al sector público de la Nación como a los privados. Anticiparon en cierto modo —salvadas las distancias— la planificación gubernamental centralizada en los Estados Unidos y, en última instancia, reemplazaron al mercado libre como forma de dirigir la economía argentina⁽¹¹⁷⁾. El primero de tales organismos fue la Comisión Nacional del Azúcar, autorizada por decreto del P.E. de enero de 1931. Antes de dejar su cargo, el general Uriburu había creado también la Comisión Nacional de Fomento Industrial, la Comisión Nacional de Patatas y la Comisión Nacional de Fibras Textiles. Catorce entidades más de esa índole fueron creadas por el gobierno sucesor del general Justo antes de terminar 1935, cuando el Congreso le dio al Poder Ejecutivo carta blanca para constituir "organizaciones de emergencia que reputase convenientes"⁽¹¹⁸⁾.

Tomadas como un grupo desde 1931 hasta 1935, la pauta de esos nuevos organismos hace pensar en ciertos aspectos de los vacilantes pasos de Hoover hacia la intervención federal en la economía norteamericana. Un paralelo mejor sería el "New Deal" del presidente Roosevelt con su revolucionaria legislación corporizada, por ejemplo, en la Ley de Recuperación Industrial⁽¹¹⁹⁾ y la Ley de Regulación Agrícola⁽¹²⁰⁾ de 1933. Así, en el caso de

ellos estaba consumada, según ALDO FERRER. De allí en más, la sustitución debía abarcar los combustibles y los bienes producidos por la industria pesada y otras industrias complejas", *op. cit.*, pág. 191.

(115) BEVERAGGI ALLENDE sostiene que "si no hubiera sido porque la Comisión de Control de Cambios se apropiaba el cambio extranjero desde octubre de 1931, esta demanda potencial de divisas hubiera ejercido una presión aún mayor sobre la baja del peso". *Op. cit.*, pág. 166.

(116) Véase cuadros 20 y 22. *Ibid.*, pág. 177 y 178.

(117) Hasta un sumario general de los amplios poderes conferidos a tales juntas y comisiones es suficiente para quitar la respiración al lector. Véase DIFRIERI, *op. cit.*, págs. 191-192.

(118) *Ibid.*, pág. 192.

(119) El Congreso norteamericano aprobó la Ley de Recuperación Industrial de la Nación (NIRA) el 16 de julio de 1933. Su propósito era promover la recuperación regulando la actividad comercial e industrial conteniendo la sobreproducción aumentando salarios y precios, acortando jornadas de trabajo, estableciendo códigos de "competencia justa", reglamentando las negociaciones colectivas de trabajo, etc. La segunda parte

los cereales, se crearon en la Argentina la Comisión Nacional de Elevadores de Granos y la Junta Reguladora de Grano en 1933, para prevenir las fluctuaciones excesivas en las cotizaciones, establecer precios de sostén y ampliar las instalaciones para el almacenamiento de las cosechas, indispensable para afrontar factores climático y condiciones adversas del mercado⁽¹²¹⁾. Fundada en el mismo año, la Junta Nacional de Carnes eventualmente trató de desafiar la posición oligopólica de siete frigoríficos extranjeros que controlaban el 85 por ciento de las exportaciones de carnes⁽¹²²⁾.

Argentina finalmente tuvo un Banco Central propio en 1935, bien que bajo la égida británica⁽¹²³⁾. Esta institución, muy necesaria, tuvo que crearse como lógica secuela de las innovaciones implantadas por el presidente Uriburu cuatro años antes. Quizás el mayor servicio que prestó el general al país sin embargo, fue el estímulo al desarrollo industrial mediante la aplicación de altos aranceles a la importación, controles de cambio y restricciones selectivas para limitar la demanda de los artículos importados⁽¹²⁴⁾. Las re-

de la ley autorizaba el empleo de 3.300 millones de dólares del fisco federal para financiar obras públicas. En mayo de 1935 la Suprema Corte declaró la NIRA inconstitucional.

(120) La Ley de Ajuste Agrícola (AAA) fue aprobada por el Congreso el 12 de mayo de 1933. Como parte del programa general del "New Deal", tenía por misión combatir la depresión ayudando al agricultor. El objetivo era incrementar los ingresos del campo controlando la producción (restringiendo el cultivo de la tierra y la cantidad de ganado) a cambio de subsidios oficiales, financiados con impuestos al procesamiento de los productos agropecuarios, que se cobraran, por ejemplo, a los frigoríficos, molinos de harinas e hilanderías. La Suprema Corte declaró la AAA inconstitucional en enero de 1936.

(121) DIFRIERI, *op. cit.*, págs. 191-92; FERNS, *op. cit.*, pág. 165.

(122) El análisis del controvertido Pacto Roca-Runciman de mayo de 1933 está fuera del ámbito de este trabajo. En relación con la Junta Nacional de Carnes, empero debe destacarse que, según los términos del pacto, Argentina se comprometía a reservar el 85 % de las exportaciones de carne al Reino Unido para siete firmas extranjeras (tres británicas y cuatro norteamericanas). El "trust" estaba dirigido por Swift y Anglo, empresas que juntas embarcaron casi la mitad de la carne congelada a Gran Bretaña en 1931. PUIGGRÓS, *op. cit.*, 124 y 129. Bajo los términos del Pacto Le Bretón-Eden de diciembre de 1936, el gobierno argentino disponía teóricamente del manejo de toda la cuota británica, no sólo el 15 %. En vez de ampliar las cuotas para los frigoríficos nacionales, el gobierno declaró que "se mantendrá la distribución actual de la cuota de exportación de carnes al Reino Unido". Citado por RODOLFO PUIGGRÓS, *Libre empresa o nacionalización en la industria de la carne* (Argumentos: Buenos Aires, 1957), pág. 179. Según PUIGGRÓS, la Junta Nacional de Carnes "intentó ir más lejos y presentó un proyecto de regulación de los abastecimientos y de los precios de las carnes en el mercado británico (...) Pero el plan fue aplastado por los intereses ganaderos dominantes y el 'trust' frigorífico, dado que ambos grupos se beneficiaban con el *status quo*". *Ibid.*, pág. 178-79.

(123) DIFRIERI, *op. cit.*, págs. 211-36; OLARRA JIMÉNEZ, *op. cit.*, págs. 83-96. Con respecto al establecimiento del Banco Central, un crítico declara: "es evidente que ponía en manos de gobiernos controlados por los productores y especialmente por los sectores ganaderos, un poderoso instrumento de política económica, que tenderían a utilizar en su propio beneficio", PORTNOY, *op. cit.*, pág. 162. Según otro crítico, "los intereses probritánicos ejercían a raíz de la ingeniosa composición del directorio (del Banco Central) una fuerte influencia sobre la política del banco". ALFREDO KÖLLIKER FRERS, *Pasado, presente y futuro de la política económica argentina: gobierno y economía*. (Teoría: Buenos Aires, 1964), pág. 30.

(124) FERRER, *op. cit.*, págs. 163 y 190. "Podemos sintetizar el proceso de desarrollo económico argentino indicando que hasta 1930 la demanda externa y el flujo internacional de capital y mano de obra fueron los factores dinámicos de crecimiento". resume un informe gubernamental. "A partir de entonces, el proceso de desarrollo eco-

formas iniciadas durante sus dieciocho meses de presidencia y continuadas por el régimen de Justo protegieron la economía argentina de los gélidos vientos de la Gran Depresión⁽¹²⁵⁾. Esa suerte de invernadero industrial así construido estaba lejos de ser perfecto. "Pero el hecho de que el producto bruto interno permaneció en niveles relativamente altos durante los años de la depresión [...] fue fundamentalmente el resultado de la política gubernamental que permitió la expansión del sector industrial de la economía", puntualiza un especialista argentino⁽¹²⁶⁾.

Gravemente enfermo cuando entregó el gobierno de la Nación al general Agustín P. Justo el 20 de febrero de 1932⁽¹²⁷⁾, a José Félix Uriburu le quedaban dos meses escasos de vida. Quizás, si hubiera vivido mucho más tiempo, habría hallado algún consuelo del olvido político a que fue condenado por sus conciudadanos en el éxito de la política económica de su fugaz gobierno. Quizás, también, el destino haya sido clemente con este tenaz nacionalista al ahorrarle la contemplación de las humillantes afrentas al orgullo argentino representadas por el pacto Roca-Runciman de mayo de 1933 y similares capitulaciones de la Concordancia ante John Bull⁽¹²⁸⁾. Sea como fuere, cuando partió hacia París en 1932 la Nación había capeado lo peor del temporal desatado por la Gran Depresión y llegaba aparentemente al denominado "punto de despegue" del crecimiento económico autosostenido⁽¹²⁹⁾. Que otros puedan haber manejado incorrectamente los controles después de que Uriburu dejara la cabina de mando, y que la economía esté aún tratando de ganar altura a casi cuarenta años de aquella época, son problemas por los

nómico fue impulsado por la sustitución de importaciones de bienes de consumo". Este empuje duró hasta principios de la década del 50, cuando "las ramas ¡livianas! de la industria habían agotado sus posibilidades de sustituir importaciones". MARIO BRODER-SOHN, "Industrialización y el desarrollo económico argentino", pág. 2, en informe mimeografiado del CONASE, *Lineamiento de un nuevo proyecto nacional*, IV (Buenos Aires, 1969).

⁽¹²⁵⁾ "En todos los niveles —señala una autoridad norteamericana— creció la convicción de que la industrialización era la mejor defensa contra la catastrófica caída de los precios de los cereales, los cueros, la carne y la lana". SCOBIE, *op. cit.*, pág. 182.

⁽¹²⁶⁾ TOMÁS R. FILLOI, *Social Factors in Economic Development; The Argentine Case* (M.I.T. Press: Cambridge, Massachusetts, 1961), pág. 45.

⁽¹²⁷⁾ Durante la ceremonia, Uriburu le entregó a Justo su plan de reforma según los lineamientos de un Estado corporativista. "Fue su última tentativa y, como todas las anteriores también fracasó", comenta un analista del nacionalismo de la Argentina, quien agrega: "Justo arrojó el documento, literalmente, al canasto de papeles". NAVARRO GERASSI, *op. cit.*, pág. 80.

⁽¹²⁸⁾ Cf. CIRIA, *op. cit.*, págs 39-40. Por ejemplo, el vicepresidente Julio A. Roca, que encabezó la misión argentina en Inglaterra que negoció el pacto, declaró a un periodista durante el viaje que "la Argentina se parece a un importante dominio británico". Posteriormente aclaró esa observación en Londres, explicando que la Argentina era "desde el punto de vista económico, una parte integrante del Imperio Británico". Citado por JUAN JOSÉ REAL, *Treinta años de Historia Argentina: acción política y experiencia histórica* (Actualidad: Buenos Aires-Montevideo, 1962), págs. 42 y 43.

Un anglófono cita, a su vez una declaración de Guillermo Leguizamón, miembro prominente de la misma misión: "La Argentina es una de las joyas más preciadas de la corona de su Graciosa Majestad". Citado por PUIGGRÓS, *Libre empresa o nacionalización*, pág. 107.

⁽¹²⁹⁾ ROSTOW sostiene, por ejemplo, que Gran Bretaña "despegó" en el período 1783-1802; Francia, 1930-60; EE.UU., 1943-60; Alemania, 1950-73; Suecia, 1868-90; Japón, 1878-1900; Rusia, 1890-1914, y Canadá, 1896-1914. En cuanto a la Argentina, comenzó su "despegue" —afirma— a mediados de la década del 30 pero hasta el año 1960 el proceso no había finalizado. WALT W. ROSTOW, *The Stages of Economic Growth* (Cambridge: Nueva York, 1960), pág. 38 y cita.

cuales difícilmente se le pueda responsabilizar a su administración⁽¹³⁰⁾. El hecho indubitable es que la Argentina se recuperó con mayor rapidez de la crisis económica mundial que cualquiera de sus vecinos latinoamericanos, por no decir de Norteamérica, que se hundía en el estancamiento y en la desesperación en 1932⁽¹³¹⁾.

V. *Post Mortem.*

Cuando Charles E. Hughes, presidente de la Suprema Corte de Estados Unidos, el 4 de marzo de 1933 tomó el juramento de rigor como presidente de la Nación a Franklin D. Roosevelt, sin duda hubiese preferido hacerlo con su antecesor, Herbert Hoover, quien lo había designado para el mayor cargo judicial del país en 1930. Pero al menos ponía fin a las ordalías de cuatro años de su correligionario republicano en la presidencia⁽¹³²⁾. "Estamos ya al final de nuestra cuerda", había confesado Hoover no mucho tiempo antes de la ceremonia. "No podemos hacer nada más"⁽¹³³⁾.

En el otro extremo del hemisferio, José Félix Uriburu, al dejar la Casa Rosada un año antes, tenía alrededor de su cuello una cuerda más real e inexorable, que se cerraría dos meses después. Hoover, en cambio, viviría aún para ver a otros cinco presidentes ocupar la Casa Blanca. Una generación más tarde, cuando el nonagenario ex presidente falleció⁽¹³⁴⁾, el país que él

(130) Varios años antes de ser ministro de Obras y Servicios Públicos (presidencia Levingston), ALDO FERRER describió la experiencia argentina "como un caso notable de estancamiento de una estructura industrial no integrada en condiciones de estrangulamientos de la capacidad de importar", debido a "la errónea conducción de la política económica nacional ejecutada por los equipos representativos de los grandes terratenientes de la zona pampeana y de los intereses a ellos vinculados". Destaca que "aquellos grupos han actuado y actúan bajo el supuesto de que el país debe reconstituir las bases de la economía primaria exportadora", *op. cit.*, pág. 240-42.

(131) La perspectiva a largo plazo, desde luego, mucho más favorable para EE.UU., cuyo ingreso per cápita había subido a 3.600 dólares 1965 para una población de más de 190 millones de almas. Aún considerando los riesgos del suceso o factores imprevisibles y los defectos de cálculo de los "peritos", es interesante notar las proyecciones hechas por Herman Kahn y Anthony Wiener no hace mucho tiempo. Dichos autores estimaron que manteniéndose constantes factores tales como la tasa de crecimiento de la población, Argentina tardaría 69 años en llegar al nivel de ingresos de 3.600 dólares per cápita, contra 11 años de Canadá, 16-17 de ambas Alemanias, 19 de Gran Bretaña, 22 de Japón, 25 de Australia y 28 de Rusia.

Esas proyecciones al menos ofrecen algún consuelo negativo comparadas con otras naciones latinoamericanas: Brasil, 130 años; México, 162, y Colombia, ¡en el siglo XXII! HERMAN KAHN y ANTHONY J. WIENER, *El año 2000* (Emecé, Buenos Aires, 1969), pág. 202.

(132) Charles Evans Hughes fue gobernador de Nueva York (1907-10), juez de la Suprema Corte de la Nación (1910-16), secretario de Estado (1921-25) y presidente de la Suprema Corte desde 1930 hasta su retiro de su prolongada carrera pública en 1941. Perdió la elección presidencial de 1916 ante Woodrow Wilson por sólo 23 votos del Colegio electoral, aunque el margen ganador de Wilson en la elección en sí fue mayor de medio millón de sufragios.

(133) Citado por BLUM, *loc. cit.*, pág. 650. Estaba lejos de sus osadas palabras de marzo de 1929.

(134) El campeón de la empresa privada falleció apropiadamente en su lujoso departamento del Waldorf Towers a la sumamente selecta del distinguido hotel Waldorf Astoria de Nueva York. Durante mucho tiempo meca de los beneficiarios del capitalismo norteamericano, el actual Waldorf fue inaugurado durante la presidencia de Hoover.

había tratado de salvar de la Gran Depresión estaba casi irreconocible. Si la Argentina de Uriburu era por lo menos parcialmente discernible una generación despues de su muerte, debe tenerse en cuenta que para el decenio del 60 la Nación había atravesado un período de profundos cambios. Ambos presidentes tuvieron la esperanza de abrir la puerta de una nueva era para sus respectivas repúblicas y realmente lo hicieron, pero difícilmente podría afirmarse que esa nueva era resultó ser como ellos la habían proyectado. Para bien o para mal, la reacción de ambos ante la calamidad que derribó al mundo en 1929 configuró en cierto grado el panorama de los dos países en las décadas que sucedieron.

ROLAND T. ELY.

BIBLIOGRAFÍA

- FREDERICK L. ALLEN, *El gran cambio*. Buenos Aires: Krakt, 1967.
- H. C. ALLEN, *Historia de los Estados Unidos de América*. 2 tomos; Buenos Aires: Paidós, 1969.
- JAN BAZANT, *Historia de la deuda exterior en México (1823-1946)*. México: El Colegio de México, 1968.
- CHARLES A. BEARD y MARY A. BEARD, *Historia de los Estados Unidos*. Buenos Aires: Tipográfica Editora Argentina, 1962.
- WALTER M. BEVERAGGI ALLENDE, *El servicio del capital extranjero y el control de cambios: La experiencia argentina de 1900 a 1943*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1954.
- JOHN M. BLUM, "The End of an Era", en BLUM et al., *The National Experience*. Nueva York: Harcourt, Brace & World, 1963.
- MARIO S. BRODESOHN, "Industrialización y el desarrollo económico argentino", en CONASE, *Lineamientos de un nuevo proyecto nacional*, tomo IV, versión mimeográfica. Buenos Aires: Consejo Nacional de Seguridad, 1969.
- ALBERTO CIRIA, *Partidos y poder en la Argentina moderna (1930-46)*. 2ª edición; Buenos Aires: Jorge Alvarez.
- HOWARD F. CLINE, *The United States and México*. Nueva York: Atheneum, 1963.
- THOMAS C. COCHRAN, *Estados Unidos en el siglo XX: El sistema económico*. Buenos Aires: Paidós, 1968.
- , *The Great Depression and World War II: 1929-1945*. Glenview, Illinois: Scott, Foresman & Co., 1968.
- "Revolución del 6 de setiembre de 1930". CRÓNICA ARGENTINA, N° 75.
- CHARLES CUMBERLAND, *México: The Struggle for Modernity*. Nueva York: Oxford, 1968.
- RICHARD N. CURRENT, T. HARRY WILLIAMS y FRANK FREIDEL, *American History: A Survey*. Nueva York: Knopf, 1965.
- JORGE A. DIFRIERI, *Moneda y bancos en la República Argentina*. Buenos Aires: Abeledo-Perrot, 1967.
- HAROLD U. FAULKNER, *American Economic History*. 7ª edición; Nueva York: Harper & Brothers, 1954.
- H. S. FERNS, *Argentina*. London: Ernest Benn Limited, 1969.
- ALDO FERRER, *La economía argentina: Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*. 4ª edición; México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1969.
- THOMAS R. FILLOL, *Social Factors in Economic Development: The Argentine Case*. Cambridge, Massachusetts: M.I.T. Press, 1961.
- FRANK FREIDEL, "The New Deal in Historical Perspective", Service Center for Teachers of History, Publication N° 25. Washington, D.C. American Historical Association, 1969.
- , *Los Estados Unidos en el siglo veinte*. 2 tomos; México: Novaro, 1964.
- JOHN A. GARRATY, *The American Nation: A History of the United States*. Nueva York: Harper, 1966.
- GINO GERMANI, *Política y sociedad en una época de transición: De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós, 1965.
- RICHARD HOFSTADTER, "From Progressivism to the New Deal", en *The American Past: Conflicting Interpretations or the Great Issues*, 2 tomos, eds. Sidney Fine y Gerald S. Brown. Nueva York: Mac Millan, 1962.
- HERMAN KAHN y ANTHONY J. WIENER, *El año 2000*. Buenos Aires: Emecé, 1969.
- ALFREDO KÖLLIKER FRERS, *Pasado, presente y futuro de la política económica argentina: gobierno y economía*. Buenos Aires: Theoría, 1964.
- WILLIAM E. LEUCHTENBURG, "The Great Depression", en *A Comparative Approach to American History*, ed. C. Vann Woodward. Washington, D.C.: United States Information Service, 1968.

- LUMAN H. LONG (ed.), *The 1969 World Almanac and Book of Facts*. Nueva York: Newspaper Enterprise Association, Inc.; 1969.
- ANDRÉ MAUROIS, *Los Estados Unidos: 1917-1960*. Buenos Aires: Emecé, 1964.
- WILLIAM MILLER, *A New History of the United States*, ed. revisada; Nueva York: Dell, 1962.
- MARYSA NAVARRO GERASSI, *Los Nacionalistas*. Buenos Aires: Jorge Alvarez, 1969.
- RAFAEL OLARRA JIMÉNEZ, *Evolución monetaria argentina*. Buenos Aires: Eudeba, 1968.
- RICARDO M. ORTIZ, *El aspecto económico-social de la crisis de 1930*, REVISTA DE HISTORIA, N° 3 (primer trimestre de 1958).
- JOSÉ PANETTIERI, *Síntesis histórica del desarrollo industrial argentino*. Buenos Aires: Macchi, 1969.
- GEORGE PENDLE, *Argentina*. London: Oxford, 1961.
- ROLLE E. POPPINO, *Brazil: The land and the people*. Nueva York: Oxford, 1968.
- LEOPOLDO PORTNOY, *Análisis crítico de la economía argentina*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1961.
- ROBERT A. POTASH, *The Army and Politics in Argentina, 1928-1945: Irigoyen to Perón*. Stanford, California: Stanford University Press, 1969.
- RODOLFO PUIGGRÓS, *Libre empresa o nacionalización en la industria de la carne*. Buenos Aires: Argumentos, 1957.
- , *La democracia fraudulenta*. Buenos Aires: Jorge Alvarez, 1968.
- JUAN JOSÉ REAL, *30 años de historia argentina: acción política y experiencia histórica*. Buenos Aires-Montevideo: Actualidad, 1962.
- YSABEL F. RENNIE, *The Argentine Republic*. Nueva York: Mac Millan, 1945.
- ROSS M. ROBERTSON, *Historia de la economía norteamericana*. 2ª ed., 2 tomos; Buenos Aires: Bibliográfica Omeba, 1967.
- CLINTON ROSSITER y JAMES LARE (eds.), *The Essential Lipmann*. Nueva York: Vintage, 1965.
- WALT W. ROSTOW, *The Stages of Economic Growth*. Nueva York: Cambridge, 1960.
- JAMES R. SCOBIE, *Argentina: A City and a Nation*. Nueva York: Oxford, 1964.
- RONALD SEGAL, *The Americans: A Conflict of Creed and Reality*. Nueva York: Viking, 1969.
- JAVIER VILLANUEVA, "Aspectos de la estrategia de industrialización", en *Los fragmentos del poder de la oligarquía a la poliarquía argentina*, eds. Torcuato S. Di Tella y Tulio Halperín Donghi. Buenos Aires: Jorge Alvarez, 1969.
- ISMAEL VIÑAS y EUGENIO GASTIAZORO, *Economía y dependencia: 1900-1968*. Buenos Aires: Carlos Pérez, 1968.
- ARTHUR P. WHITAKER, *Argentina*. Englewood Cliffs, Nueva Jersey: Prentice-Hall, 1965.
- C. VAN WOODWARD, "The Comparability of American History", en *A Comparative Approach to American History*, ed. C. Van Woodward. Washington, D.C.: United States Information Service, 1968.